

Subversión feminista de la economía

Aportes para un debate sobre
el conflicto capital-vida

Amaia Pérez Orozco

traficantes de sueños

mapas

Subversión feminista de la economía

Amaia Pérez Orozco

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

mapas 40

Mapas. Cartas para orientarse en la geografía variable de la nueva composición del trabajo, de la movilidad entre fronteras, de las transformaciones urbanas. Mutaciones veloces que exigen la introducción de líneas de fuerza a través de las discusiones de mayor potencia en el horizonte global.

Mapas recoge y traduce algunos ensayos, que con lucidez y una gran fuerza expresiva han sabido reconocer las posibilidades políticas contenidas en el relieve sinuoso y controvertido de los nuevos planos de la existencia.

© 2014, del texto, Amaia Pérez Orozco.
© 2014, de la edición, Traficantes de Sueños.



**creative
commons**

Licencia Creative Commons
Attribution-ShareAlike 4.0 International (CC BY-SA 4.0)

Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
Adaptar — remezclar, transformar y crear a partir del material.
para cualquier finalidad, incluso comercial.

El licenciadore no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciantee (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).

CompartirIgual — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.

No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

Avisos:

No tiene que cumplir con la licencia para aquellos elementos del material en el dominio público o cuando su utilización esté permitida por la aplicación de una excepción o un límite.

No se dan garantías. La licencia puede no ofrecer todos los permisos necesarios para la utilización prevista. Por ejemplo, otros derechos como los de publicidad, privacidad, o los derechos morales pueden limitar el uso del material.

Primera edición: 1000 ejemplares, mayo de 2014

Título:

Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida

Autoras:

Amaia Pérez Orozco

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños [taller@traficantes.net]

Edición:

Traficantes de Sueños

C/ Embajadores 35, local 6. C.P. 28012 Madrid.

Tlf: 915320928. [e-mail:editorial@traficantes.net]

Impresión:

ISBN 13: 978-84-96453-48-7

Depósito legal: M - 15332-2014

Subversión feminista de la economía

Aportes para un debate sobre el conflicto
capital-vida

Amaia Pérez Orozco

traficantes de sueños
mapas

Índice

| | |
|---|----|
| Prólogo | 19 |
| Introducción | 21 |
| Afrontar el tránsito desde la sostenibilidad de la vida | 21 |
| <i>La urgente confluencia de miradas críticas</i> | 22 |
| <i>La sostenibilidad de la vida en el centro</i> | 24 |
| El anhelo de contribuir a la creación colectiva de pensamiento feminista para la subversión | 27 |
| <i>¿De dónde sale este libro?</i> | 28 |
| <i>¿Creación de pensamiento?</i> | 29 |
| <i>¿Pensamiento colectivo o creación colectiva?</i> | 30 |
| <i>¿Feminista?</i> | 31 |
| <i>¿Para la subversión?</i> | 34 |
| (Huir de los) paradigmas androcéntricos para pensar la economía y la crisis | 36 |
| La diversidad de miradas feministas a la economía | 40 |
| <i>¿Economía feminista?</i> | 40 |
| <i>Economía del género y la igualdad (de oportunidades): buena para ellas, buena para todos</i> | 42 |
| <i>Economía feminista: desde la integración a la ruptura</i> | 44 |
| Epistemología: ¿vemos mejor con las gafas violetas? | 45 |
| Descubriendo lo invisible: la economía que no mueve dinero | 46 |
| Metodología: ¿con las herramientas del amo? | 49 |
| Política: ¿igualdad en/desde/contra el sistema? | 51 |
| <i>Caminos por recorrer</i> | 53 |
| De qué va este libro: un resumen | 55 |

1. Desde la sostenibilidad de la vida: crisis que (no) son _____ 59

| | |
|--|----|
| Lecturas de la crisis: la crisis no es la crisis _____ | 60 |
| <i>Rompiendo con las miradas ancladas en los mercados</i> _____ | 60 |
| <i>Crisis multidimensional antes del estallido financiero</i> _____ | 62 |
| Herramientas para el análisis y la política: la sostenibilidad de la vida en el centro _____ | 66 |
| <i>Desde dónde miremos sí importa</i> _____ | 66 |
| La verdad-verdadera de la ortodoxia _____ | 67 |
| La preferencia por mirar desde el punto de vista oprimido _____ | 68 |
| El papel del lenguaje y la diversidad de puntos de vista _____ | 69 |
| Conocimientos situados y verdades parciales que, juntas, (re)construyen mundos mejores _____ | 71 |
| <i>La sostenibilidad de la vida en el centro: ¿qué vida?</i> _____ | 73 |
| La discusión en torno a la riqueza y el bien-estar _____ | 74 |
| ¿Qué es una vida que merece la pena ser vivida? _____ | 77 |
| <i>¿Cómo se sostienen las condiciones de posibilidad de la vida?</i> _____ | 80 |
| ¿Esclavxs del salario? «Sí, pero...» _____ | 81 |
| Desnaturalizando el nexo calidad de vida-consumo/salario _____ | 85 |
| <i>¿Es lo mismo hablar de cuidados y hablar de sostenibilidad de la vida?</i> _____ | 87 |
| Cuestionar el sistema desde el cuidado de la vida _____ | 89 |
| Los cuidados: una desesidad de todxs, ¿un trabajo de todxs? _____ | 92 |

2. El ataque del capital a la vida _____ 95

| | |
|--|-----|
| Lecturas de la crisis: ¿El ajuste? No, el ataque a las condiciones de vida _____ | 96 |
| <i>El espejismo de la refundación del capitalismo</i> _____ | 96 |
| <i>La dureza del ataque y la trampa de la deuda</i> _____ | 98 |
| <i>La hiper-visibilidad del conflicto capital-vida</i> _____ | 102 |
| Herramientas para el análisis y la política: el capital contra la vida _____ | 105 |
| <i>El conflicto entre la acumulación de capital y la sostenibilidad de la vida</i> _____ | 105 |
| La lógica de acumulación _____ | 106 |
| La vida como medio o como fin _____ | 108 |
| El conflicto: dimensiones de la vida sobrantes, vidas sobrantes _____ | 110 |
| No es un conflicto de lógicas _____ | 114 |
| La agudización del conflicto _____ | 116 |
| <i>El papel del Estado (del bienestar)</i> _____ | 118 |
| Definir la virulencia del conflicto y ¿asumir responsabilidades sobre la vida? _____ | 119 |
| ¿Solidaridad o protección individual? ¿Interdependencia o autosuficiencia? _____ | 123 |
| <i>El Estado del bienestar y la división sexual del trabajo</i> _____ | 125 |

| | |
|---|-----|
| El sujeto titular de derechos: ¿familias, individuos aislados o personas en relación? _____ | 126 |
| La base de acceso a los derechos: ¿contribución o ciudadanía? _____ | |
| ¿Qué es contribuir? _____ | 128 |
| Contenido de los derechos, ¿cuánto trabajo gratis necesita el Estado del bienestar? _____ | 130 |
| ¿La división sexual del trabajo es consustancial al Estado del bienestar? _____ | 132 |
| <i>Mercados capitalistas en el epicentro</i> _____ | 133 |
| 3. La economía se resuelve más acá del mercado _____ | 139 |
| Lecturas de la crisis: el ajuste se da en los hogares _____ | 140 |
| <i>El cercamiento a las condiciones de vida</i> _____ | 140 |
| <i>¿Nuevas? estrategias de supervivencia</i> _____ | 143 |
| Economía de rebusque _____ | 144 |
| Economía invisibilizada _____ | 145 |
| Economía de retales _____ | 146 |
| Estrategias globales _____ | 148 |
| Cosas que (no) sabemos _____ | 150 |
| Herramientas para el análisis y la política: | |
| La economía se resuelve más acá del mercado _____ | 152 |
| <i>¡No dependemos de las empresas!</i> _____ | 153 |
| El papel de los trabajos no remunerados _____ | 155 |
| Hilos pendientes de profundización _____ | 158 |
| <i>La privatización de la responsabilidad de sostener la vida: los hogares</i> _____ | 161 |
| <i>Sostener la vida: una responsabilidad ¿feminizada?</i> _____ | 165 |
| <i>Dimensiones socioeconómicas de la matriz heterosexual</i> _____ | 166 |
| La ética reaccionaria del cuidado _____ | 168 |
| La división sexual del trabajo _____ | 171 |
| La familia nuclear o la construcción violenta de la norma y la normalidad _____ | 172 |
| <i>El sistema socioeconómico como un iceberg</i> _____ | 176 |
| Trabajos invisibles _____ | 177 |
| La (in)visibilización como ejercicio del poder _____ | 179 |
| Capitalismo heteropatriarcal _____ | 181 |
| Hilos pendientes de recorrer _____ | 182 |
| 4. ¿Crecer para salir de la crisis de reproducción social? _____ | 185 |
| Lecturas de la crisis: crisis de reproducción social en el Norte global _____ | 186 |
| <i>El agravamiento de las crisis pre-2007</i> _____ | 186 |
| <i>Crisis de reproducción social</i> _____ | 189 |

| | |
|--|-----|
| La precariedad que ya vivíamos _____ | 190 |
| Precariedad desigualmente intensificada y exclusión _____ | 192 |
| <i>Construir la conciencia de un problema común</i> _____ | 194 |
| Herramientas para el análisis y la política: | |
| la crítica al crecimiento y la producción _____ | 195 |
| <i>La crítica ecologista: la producción no existe</i> _____ | 196 |
| <i>La crítica feminista: la reproducción como el otro oculto</i> _____ | 200 |
| La invisibilización de la reproducción (que oculta el conflicto) _____ | 200 |
| La epistemología heteropatriarcal que sustenta | |
| la escisión producción / reproducción _____ | 203 |
| <i>La crítica a la producción desde los cuidados</i> _____ | 207 |
| Una noción de la vida que niega la vulnerabilidad _____ | 208 |
| Sistemas de cuidados injustos en transformación _____ | 211 |
| La crisis de cuidados y las cadenas globales de cuidado _____ | 214 |
| <i>Los límites de la estrategia de emancipación a través del empleo</i> _____ | 218 |
| 5. Decrecimiento ecofeminista o barbarie _____ | 223 |
| Un lugar común al que llegar _____ | 224 |
| El debate sobre cuál es la vida que merece la pena ser vivida: | |
| a qué llamar buen vivir _____ | 227 |
| <i>El nombre: ¿buen vivir?</i> _____ | 228 |
| <i>Mejor con menos, pero... ¿con qué?</i> _____ | 229 |
| Sostener deseadades multidimensionales _____ | 230 |
| Los límites a la felicidad individual _____ | 232 |
| Buen vivir en colectivo: universalidad y singularidad _____ | 235 |
| <i>Interdependencia y autonomía</i> _____ | 237 |
| Cómo responsabilizarnos colectivamente para hacer posible el buen vivir _____ | 241 |
| <i>Decrecer las esferas movidas por la lógica de acumulación de capital</i> _____ | 243 |
| <i>Democratización de los hogares: ¿contra los cuidados?</i> _____ | 247 |
| <i>Si no queremos mercados (capitalistas) ni hogares (heteropatriarcales), entonces, ¿qué?</i> _____ | 249 |
| Estado, autogestión y comunes _____ | 249 |
| Una economía diversa que sostenga el buen vivir _____ | 252 |
| Puntos suspensivos _____ | 257 |
| Epílogo _____ | 263 |
| Breves apuntes sobre el Estado del bienestar _____ | 263 |
| <i>En defensa de lo público, contra el Estado del bienestar</i> _____ | 263 |
| <i>Una defensa crítica de lo público</i> _____ | 264 |
| <i>Contra la obsesión del déficit cero</i> _____ | 265 |

| | |
|--|-----|
| <i>Una política fiscal para caminar hacia el buen vivir</i> _____ | 265 |
| Breves apuntes sobre la deuda _____ | 266 |
| <i>¿Deudas no reconocidas?</i> _____ | 266 |
| <i>Una pajarita que nos asfixia</i> _____ | 267 |
| <i>Desobedecer la deuda</i> _____ | 269 |
| Breves apuntes sobre el trabajo _____ | 270 |
| <i>Coordenadas para el debate</i> _____ | 270 |
| <i>Hacia la redistribución y la revalorización de todos los trabajos</i> _____ | 270 |
| <i>Contra el trabajo asalariado y la división sexual del trabajo</i> _____ | 271 |
| <i>¿Abajo el trabajo o el trabajo en el centro?</i> _____ | 272 |
| <i>Reducción de la jornada laboral</i> _____ | 272 |
| <i>Contra el empleo de hogar</i> _____ | 273 |
| Breves apuntes sobre el binarismo heteronormativo _____ | 274 |
| <i>Un corsé que construye sujetos dañados</i> _____ | 274 |
| <i>Un corsé que ahoga una economía diversa</i> _____ | 275 |
| <i>Estallar el corsé binarista heteronormativo</i> _____ | 276 |

| | |
|---------------------------|-----|
| Bibliografía _____ | 279 |
|---------------------------|-----|

El sentido de estas páginas es en *plural*: intentan recoger inteligencia colectiva y aportar a procesos comunes de lucha. Pero detrás del hilo de palabras, que es este preciso y no otro posible, hay una vida sostenida, un bien-estar encarnado. Lo que hay en *singular* se lo deben estas páginas, con diversa intensidad y de distintas formas, a mucha gente. Ojalá os sintáis reconocidas, de alguna manera presentes y vivas.

Prólogo

Sira del Río

DECÍA VIRGINIA WOOLF que si un libro necesita un prólogo no tiene más derecho a existir que una mesa a la que hay que poner un taco de papel bajo la pata para que no se tambalee. No es el caso. Este libro, por sí mismo, es una mesa muy sólida que seguro congregará a su alrededor a multitud de personas deseosas de compartirlo.

Vivimos tiempos sombríos, en los que pudiera parecer que cualquier esperanza de conseguir un mundo más justo se aleja de manera inexorable. Vivimos tiempos confusos, tiempos de imposturas y engaños, en los que parece que las palabras cumplen la función de enturbiar más que la de aclarar la naturaleza de las cosas. Pero, ¿cuándo fue de otra manera?

En medio de una situación en la que parecen llover golpes por todos lados sin que podamos oponer una resistencia suficiente, yo apuesto por el futuro. Las palabras de Amaia Pérez Orozco son la constatación de que seguimos en marcha, de que hay otros caminos para el feminismo y el anticapitalismo. De la valentía de quienes se atreven a recorrerlos y a asumir el cambio de perspectiva que aquí se propone, poner la sostenibilidad de la vida en el centro, dependerá en gran medida que pueda haber un punto de inflexión para un tiempo nuevo.

Y es necesario atreverse, a pesar del vértigo que produce intentar observar desde los márgenes los mercados capitalistas, cuando son el centro, y desde fuera los hogares/familias heteropatriarcales, cuando son el dentro; a pesar de la tensión

de estar inmersos en ambos, en mercados y hogares, pero querer estar fuera; de ser lo mismo pero no querer serlo; de que su lógica nos atravesase y queramos huir de ella. La construcción de pensamiento, de subjetividades y de prácticas desde lo cotidiano, para salir de lo cotidiano y volver a lo cotidiano, representa un desafío básico que es necesario asumir. Si no lo hacemos, seguiremos dando vueltas como en una noria para volver siempre al mismo punto, porque el eje siempre será el mismo: los mercados capitalistas con su acompañamiento de desigualdades y opresiones en todos los órdenes. Hay que atreverse a hacer saltar por los aires esa noria para terminar de dar vueltas. Ya hemos dado demasiadas.

Sirvan estas pocas palabras como invitación a ese atrevimiento e introducción a una lectura plagada de retos, ideas, matices y propuestas, pero también de riesgos.

Introducción

Afrontar el tránsito desde la sostenibilidad de la vida

ESTAS PÁGINAS SURGEN del desasosiego y la inquietud. Vivimos una crisis sistémica que implica la degradación generalizada de las condiciones de vida y la multiplicación de las desigualdades sociales. Se reinventa y/o refuerza el control heteropatriarcal y capitalista sobre nuestros cuerpos y nuestras vidas. Frente a todo ello proliferan gritos de protesta. ¿Qué significan y a dónde nos conducen? A raíz de las movilizaciones en defensa de lo público a comienzos de 2013, nos preguntábamos: «¿Creíamos que teníamos todo controlado y que volveremos a tenerlo? No queremos vivir en carne propia esos problemas que eran de *lxs pobres, lxs migrantes, lxs otrxs*.¹ La pesadilla de la clase media se conjura diciendo: *virgencita, virgencita, que me quede como estoy...*, o como estaba» (Haizea M. Álvarez, Sara L.F. y Amaia Orozco, 2013). El desánimo generalizado puede encorsetar nuestros sueños en una mera defensa de lo que teníamos en el momento del estallido financiero, rodeando de una aureola de *paraíso perdido* ese pasado reciente y negando lo que de profundamente injusto e insostenible había ya. Quizá la cuestión sea escapar de esa disyuntiva entre la invocación de lo que hubo y lo peor posible. Ni normalizar un nuevo mal

¹ Más adelante explicaremos que en la complicada cuestión de cómo escribir con un lenguaje inclusivo y no heteronormativo, en este texto una de las herramientas que utilizamos es el uso de la «x».

vivir generalizado y basado en opresiones renovadas ni defender unos pasados bienestares ficticios y desiguales; bien al contrario, dar un salto e imaginar otros mundos posibles.

Dicen, desde el ecologismo social y el movimiento por el decrecimiento, que el mundo está cambiando, es más, que el cambio es insoslayable, va a ser «sí o sí» (¡que ya es!), por lo que la pregunta no es si podemos evitarlo o frenarlo. La pregunta es si queremos gobernarlo con criterios de justicia o dejamos que se gobierne con criterios de mercado. Y es que, parafraseando a Haizea M. Álvarez: la revolución ya está en marcha, pero la está haciendo el PP y la está haciendo la Troika en la Unión Europea.² ¿Cómo hacer para que la *revolución* no derive en desastre? Si estamos en tránsito, es fundamental preguntarnos colectiva y críticamente hacia dónde queremos transitar. Estas páginas intentan aportar a la apertura de ese debate, considerando que refocilarse en los mecanismos de lo conocido (producción, empleo, Estado del bienestar, derechos de conciliación, etc.) es un camino de corto recorrido, dado que el sueño del *desarrollo* se nos ha venido abajo.

La urgente confluencia de miradas críticas

Afirma Eli Zaretski (2012) que la izquierda ha de estar presente con especial fuerza en los momentos de crisis para dotar de un sentido ético a los cambios de largo alcance. En un sentido similar, Zygmunt Bauman (2012) no da respuesta a la pregunta de si la izquierda tiene o no futuro, pero afirma con rotundidad que, sin izquierda, no hay futuro. Este texto nace de la convicción de que necesitamos una confluencia de miradas críticas ante la crisis civilizatoria. Y aspiraría a englobarse en esa izquierda que, en su diversidad, ha de activarse para evitar el desastre. ¿Izquierda? ¿Qué es la izquierda? Para Bauman hay una forma de izquierdas, de percibir «la condición humana, sus expectativas futuras y posibilidades imprevistas», y se caracteriza por partir de dos supuestos básicos:

Estos supuestos son la base para una izquierda asertiva que, en lugar de disculparse por su oposición a lo mayoritario, se esfuerce por crear y proteger valores que considere innegociables y por ser medida respecto a ellos. [...] El primer supuesto es que la labor de la comunidad es asegurar a sus miembros individuales ante el infortunio individual. Y el segundo es que, al igual que la capacidad de carga de un puente se

² El partido conservador en el gobierno del Estado español cuando escribimos este texto.

mide según la fortaleza de su apoyo más débil, la calidad de una sociedad debería medirse por la calidad de vida de sus miembros más débiles. Estos dos supuestos constantes e innegociables sitúan a la izquierda en un conflicto permanente con la realidad de la condición humana bajo el capitalismo. (Bauman, 2007: 8)

Esta forma de pensar la izquierda guarda profunda conexión con los argumentos que estas páginas intentan desarrollar: el primer supuesto habla de que la vida es vulnerable y precaria y de que esa condición humana básica hay que resolverla en común, en interdependencia. Habla de asumir una responsabilidad colectiva para poner las condiciones de posibilidad del buen vivir; y dice que lograrlo es incompatible con el capitalismo, de otra manera, está nombrando el conflicto capital-vida. En el segundo supuesto, podríamos decir que se unifican los criterios éticos, que aquí defendemos como irrenunciables, de universalidad y singularidad: buscamos un marco universal de *buenos vivires* en el que la diversidad no signifique ni desigualdad ni exclusión.

Diversas perspectivas críticas están confluyendo en la osadía de mirar de frente la crisis preguntándose por el *cómo*: cómo se rearticulan las instituciones socioeconómicas ante la crisis sistémica, cómo impacta en las condiciones de vida, cómo lograr una mejor organización social, política y económica, etc. Y también por el (*para*) *qué*: para qué esas instituciones, para qué estar juntxs; qué noción de bien-estar, de vida que merece la pena ser vivida, perseguimos en común. Este libro gravita en torno a una de esas miradas, la del feminismo, y se lanza con vocación de diálogo con otras perspectivas de izquierdas. Dentro de la diversidad de los feminismos, se sitúa en una posición marcada, sin lugar a dudas, por su condición anticapitalista, por estar cercana al ecofeminismo y por aspirar a haber aprendido algo del feminismo queer y postcolonial. Es desde ahí desde donde se busca aportar ideas que confluyan con otras miradas heterodoxas en la configuración de un *horizonte de utopía*³ frente a la crisis civilizatoria que estamos viviendo.

Varias de estas miradas apuestan por la sostenibilidad multidimensional en tanto que herramienta analítica (cómo el sistema sostiene o ataca la vida, y de qué vida se trata) y política (cómo avanzar hacia un sistema que sostenga la vida).⁴ Aquí intentamos aportar una determinada forma de enfocar esta apuesta,

³ Así lo denominaban las compañeras guatemaltecas Paula del Cid y Lorena Cabnal durante el intercambio mantenido en abril de 2013 en las jornadas de celebración del primer aniversario del Banco del Tiempo Equitruke, Basauri.

⁴ La noción de sostenibilidad proviene de la mirada ecologista (y no debe confundirse con su

caracterizada por enfatizar la amplitud de procesos y trabajos necesarios para mantener la vida, que desbordan aquellos que tienen lugar en los mercados; y por rastrear las dimensiones heteropatriarcales de la noción hegemónica de vida que merece ser sostenida.

La sostenibilidad de la vida en el centro

Desde el feminismo somos conscientes de que el sistema socioeconómico que habitamos viene definido no solo por ser capitalista, sino también por ser heteropatriarcal y por estar racialmente estructurado y por ser (neo)colonialista y por ser antropocéntrico y... Dada la profusión de epítetos a los que aludir, en estas páginas optamos por seguir a Donna Haraway cuando se pregunta «¿de qué otra manera podríamos llamar a esa Cosa escandalosa?» (1991: 340). Pues bien, uno de los elementos definitorios de esa Cosa escandalosa es que los mercados capitalistas están en su epicentro. El punto de arranque de la propuesta que toma como eje analítico y político la sostenibilidad de la vida, a la hora de pensar la economía y abordar la crisis, puede entenderse como una rebelión contra este statu quo.

¿Qué quiere decir eso de que son el epicentro? En un sentido material, decimos que están en el epicentro porque sus mecanismos definen cómo funciona la estructura socioeconómica; y porque el proceso socialmente garantizado es la acumulación de capital. Esto inhibe una responsabilidad colectiva en el sostenimiento de la vida y, más aún, establece una amenaza constante sobre esta, que termina resolviéndose (malamente) en esferas feminizadas e invisibilizadas. Por eso usamos la metáfora de un iceberg para ilustrar el sistema socioeconómico. A nivel simbólico, están en el epicentro porque su lógica antropocéntrica y androcéntrica define la propia noción de vida que merece la pena ser vivida. Imponen un ideal de autosuficiencia a través de la inserción en el mercado que solo puede ser *alcanzado* por un sujeto privilegiado, si bien este alcance es ficticio y se basa en la explotación del resto. Pero, más aún, están en el epicentro en términos políticos, porque desde ellos definimos el enfrentamiento, que a menudo no solo queda

tergiversación en términos de *desarrollo sostenible*), mientras que la idea de sostenibilidad de la vida está más vinculada a la pregunta feminista sobre cómo se reproducen las sociedades. La apuesta sería la confluencia de estas dos perspectivas (y otras), sin escindir vida humana y no humana, y siendo conscientes de que no hay una *vida* abstracta, pura e inmaculada a la que podamos volver la mirada, sino diversas concepciones ético-políticas de la vida.

reducido a pedir mejoras en su terreno de juego (empleo, salario, consumo), sino que establece como identidad hegemónica de la lucha al sujeto obrero, constituido, precisamente, por su posición en la relación salarial, una relación definida en el marco de los mercados capitalistas.

Pero, ¿qué o quiénes son esos *mercados*?⁵ Los mercados capitalistas no son deidades; son instituciones socioeconómicas en las que se articulan relaciones de poder que privilegian a sujetos concretos, pero cuyo funcionamiento no es reductible a un enfrentamiento entre capitalistas y obreros, los de arriba contra los de abajo, hombres frente a mujeres, el 1 % y el 99 %. Son un conjunto de estructuras que permiten que unas pocas vidas se impongan como las dignas de ser sostenidas entre todos, como las únicas dignas de ser rescatadas en tiempos de crisis. Son una serie de mecanismos que jerarquizan las vidas concretas y establecen como referente y máxima prioridad la vida del sujeto privilegiado de la modernidad, aquel al que, siguiendo a María José Capellín,⁶ llamaremos el BBVAh: el sujeto blanco, burgués, varón, adulto, con una funcionalidad normativa,⁷ heterosexual. En torno a él se concentran el poder y los recursos, se define la vida misma.

Frente a este punto de partida, surge el reclamo feminista de poner la sostenibilidad de la vida en el centro. Quizá en un primer momento, esta propuesta fue una reacción en contraposición a lo-que-no, más que una firme apuesta por lo-que-sí. Era una alternativa promisorio pero que aún estaba relativamente hueca; por eso era fácil rellenarla con idealizaciones y/o ningunearla. Era sencillo para muchos hacerse los locos y dejarles la labor a *las compañeras*, eso sí, alabando la importancia de los cuidados y el amor desplegado en ellos. Poco a poco, vamos hilando más

⁵ En estas páginas a menudo hablamos de mercados, sin más, para referirnos a los capitalistas, dada su hegemonía. Sin embargo, es fundamental no perder de vista que hay otras formas no capitalistas de intercambio mercantil.

⁶ María José Capellín, en su participación en el seminario de lanzamiento de la campaña organizada por colectivos de mujeres y sindicatos por una Ley Vasca de Atención a la Dependencia (Bilbao, 13 de mayo de 2005), habló del BBVA: blanco, burgués, varón, adulto. Aquí retomamos esa idea añadiendo la «h» de heterosexual.

⁷ Usaremos la idea de diversidad funcional como alternativa a la de discapacidad, entendiendo que este último término forma parte del «capacitismo», que es «el conjunto de creencias, procesos y prácticas que establecen una manera de entenderse a uno mismo, el propio cuerpo y su relación con los demás y su entorno, basado en los particulares atributos o capacidades. Bajo este capacitismo se promueve un conjunto de capacidades que se estiman valiosas y que permiten hacer juicios sobre la dignidad de la vida de otras personas» (Paco Guzmán, 2012). Funcionalidad normativa sería la que cumple con esas capacidades.

fino. Por ejemplo, vemos que, al hablar del conflicto capital-vida, no podemos referirnos a una vida inmaculada mancillada por el capital, sino que debemos abrir el debate sobre cómo se re-crean subjetividades (sexuadas) cómplices. Vemos que hablar de heteropatriarcado es hablar de trabajos no remunerados, pero también de mucho más, de mecanismos de regulación de las esferas invisibilizadas de la economía y de la constitución de sujetos dispuestos a habitarlas. De la reacción pasamos a la construcción de otro piso sólido desde el cual luchar y esto ya no es tan fácil de esquivar. Este libro se encuentra en ese camino entre la reacción ante la perversidad de la economía existente y la propuesta de formas distintas de pensar y hacer vidas (más) vivibles.

Mirar desde la sostenibilidad de la vida no es sencillo, entre otros motivos, porque nos sitúa en una tensión básica: observar desde fuera de los mercados capitalistas a una sociedad en la que estos mercados son el centro. Comprender el proceso, pero sin dejarse arrastrar. Por esta misma tensión, en esta apuesta no basta con declaraciones de intenciones al igual que tampoco nadie tiene verdades irrefutables, es necesario un arduo proceso común en el que redescubramos el mundo, tirando de los hilos de lucidez dispersos.

¿Hablar de sostenibilidad de la vida es centrarse en quién hace la comida? Sí y no. Por supuesto es hablar de eso, pero también preguntarse por los mega-proyectos, los acuerdos de libre comercio o la balanza de pagos. Lo que tiene de singular es que todo esto lo aterrizamos en sujetos concretos con desesidades⁸ peculiares, con relaciones sociales y con un posicionamiento específico en esa Cosa escandalosa. Hablamos de quién cocina y cómo se reparte el tiempo. Y hablamos también de cómo se ha extraído, transformado y exportado el acero de los cubiertos; de cómo opera la cadena alimentaria de la que surge lo que comemos; de qué fuente proviene la energía con la que cocinamos. Queremos entender si el arroz está más caro porque los capitales se refugian en *valores seguros* ahora que especular con hipotecas basura es demasiado arriesgado; y si el café que tomamos proviene de grandes plantaciones que han robado la tierra a la pequeña economía campesina. Mirar desde la sostenibilidad de la

⁸ Desde Centroamérica, en el contexto de la Educación Popular y la Investigación Acción Participativa, las mujeres lanzan la propuesta de un nuevo vocablo para resignificar la idea de «necesidades» sin escindir la de los «deseos»: las «desesidades». Esta propuesta surge porque para ellas «la palabra necesidades les resultaba muy enemiga: sus necesidades siempre tenían que ver con lo que decía su marido –si existía– o su prole, los otros, de manera que se pasaban la vida luchando por los deseos de otros. Ellas “deseaban” y peleaban por cambios y nos les parecía que el proceso pudiera ser una simple asunción de necesidades.» (Miguel Ángel Martínez del Arco, comunicación personal, 9 de diciembre de 2011).

vida implica preguntarnos si al final todo ese complejo engranaje permite a la gente que lo conforma comer o no, bien o mal, con soberanía alimentaria o sin ella, con tiempo de calidad para sentarse en una mesa, con compañía impuesta o elegida. Y si la gente come mal, de poco nos vale que el saldo de la balanza de pagos sea positivo.

Esta propuesta tiene pros y contras relacionados con ese arraigo en la vida cotidiana. Si anhelamos construir una noción común y democráticamente discutida de buen vivir hay que politizar lo que a menudo vivimos como problemas (o éxitos) no solo personales, sino minúsculos, del día a día. Se trata de partir de sí para no quedarse en sí, para «politizar la existencia [y] salir de sí» (Precarias a la deriva, 2004a : 83). En este sentido, puede ser una propuesta que sea apropiada por una pluralidad de gentes. Porque, mientras que hablar de la evolución de las tasas de ganancia o de productividades marginales puede sonar marciano para la mayoría, discutir sobre si en la cotidianidad vivimos bien, mal o regular es algo por lo que cualquiera puede comenzar. Ahora bien, esto es al mismo tiempo su mayor riesgo. Es muy fácil partir de lo cotidiano para quedarse en lo cotidiano, sin osar cuestionar el conjunto. Un día a día frecuentemente idealizado: el hogar obrero en el que la familia se arropa frente a las arremetidas del capital.

El anhelo de contribuir a la creación colectiva de pensamiento feminista para la subversión

Estas páginas, en su máxima aspiración, querrían partir del cotidiano para salir del cotidiano y, con ello, contribuir a la creación de pensamiento colectivo feminista (o, más modestamente, a la creación colectiva de pensamiento feminista) para la subversión política. ¿Qué queremos decir con semejante expresión grandilocuente?⁹

⁹ Las reflexiones de este apartado surgen muy vinculadas a los debates mantenidos con las compañeras de la cooperativa Enfuga: espacio feminista de creación de pensamiento. Y tomaron su cuerpo definitivo en el marco de la intervención «Camino, laberintos y círculos viciosos: una experiencia desde la economía feminista» en la edición de 2013 de «Experiencias de investigación. Seminario de jóvenes investigadores/as», Universidad Complutense de Madrid.

¿De dónde sale este libro?

Para situar este texto (y a quien lo escribe), quizá convenga explicar que la idea inicial fue una reedición de un libro previo, *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*. Aquel libro era una tesis doctoral y, aunque aspiraba a ser útil para la política, justo es reconocer que era un *tocho*. Además de pesado, era un texto que, en cierto sentido, nacía ya *viejo*, no estaba al filo de la discusión política porque, como en toda *buena* tesis, las obligaciones academicistas impedían arriesgarse a decir nada que no estuviera suficientemente *fundamentado*. La idea mutó y ya no se buscaba una reedición, sino una reelaboración: cómo pensar la economía feminista sin el corsé de la academia. Este libro iba a ser una especie de compendio de nociones básicas de distintas perspectivas de economía feminista. Y entonces se desataron las furias. Llegó *la crisis*, llegó el 15M en el Estado español, la Primavera Árabe y los diversos *Occupy* en distintos lugares del mundo; llegó este desasosiego colectivo que nos recorre en las renovadas periferias del Norte global y ahí ya no tenía sentido escribir algo de corte conceptual o metodológico, sino escribir algo más ligado a la intervención, un *análisis* con tintes más de panfleto que de libro de texto, en nexo directo con la agitación política que nos remueve y removemos.

Si aquel libro recogía lo elaborado hasta 2005, estas páginas surgen de lo que vino después. Si hasta 2005 lo vivido por quien esto escribe se caracterizaba por referentes más o menos estables, tanto en lo profesional (una beca de cuatro años, lo que hoy parece casi un trabajo de funcionaria) como en lo político (grupos de militancia definidos: Precarias a la deriva, CGT, etc.); desde entonces los referentes se han descentrado (¡como el sujeto!), flexibilizado (¡como el empleo!) y precarizado (¡como la vida!). A lo mejor se trata de que, en lo personal, quien esto escribe lleva unos años de considerable inestabilidad laboral y política. Pero quizá se trate también de que habitamos tiempos donde esta inestabilidad nos permea a todxs. Hay espacios inciertos, fértiles e inquietantes que se abren entre la *precariedad* elegida, entendida como resistencia a someterse a ritmos fijos y destinos inmutables, y la precariedad impuesta como falta de derechos que garanticen el acceso a recursos con los que llevar adelante una vida elegida (sea esta móvil o no). Quien esto escribe está inmersa en el conflicto de los procesos de profesionalización e individualización de la política; pero está metida de lleno en ellos (o, precisamente, vive el conflicto porque está en esa intersección entre *militar* y ganarse un sueldo, que es tan estimulante como contradictoria y difícil de manejar). Está convencida del tránsito del que este libro habla, pero a veces no termina de creerse que es verdad, que las cosas no van a volver a ser como eran. Le da vértigo asumirlo, pero

habla de la necesidad de tomarlo con alegría. Habla de lo común, pero habita una vida bastante individual. Quiere politizar el cotidiano, pero ¿cómo se hace eso con desparpajo, sin tristeza y sin asumir actitudes de jueza moral de la vida propia y ajena? De todas estas *pensaciones*¹⁰ surgen estas páginas. Veamos, entonces, qué es eso de crear pensamiento colectivo y feminista para la subversión.

¿Creación de pensamiento?

Entendemos la *creación de pensamiento* como un proceso multidimensional que escapa de la disyuntiva pensar/actuar y que va más allá de la labor de rata de biblioteca y/o de lanzar grandes palabros desde una torre de marfil. Toda apuesta política ha de tener una forma de ser nombrada y transmitida y todo lo conocido ha de suponer una intervención política. Para poder actuar sobre el mundo necesitamos pensarlo. Y esto requiere *conocer y nombrar las cosas*; crear categorías y relatos que permitan una ruptura con la hegemonía discursiva que impone un único mundo posible y una sola forma de leerlo. No queremos *conocer* en el sentido de ir descubriendo pequeños pedacitos acumulables de una realidad que está ahí fuera, inmutable. Queremos *conocer* desde la convicción de que a medida que nombramos la vida desde otros sitios, podemos ir construyendo otros mundos y otras formas de estar en ellos. Si yo, tú, ella, nosotrxs dijésemos que trabajar no es vender nuestro tiempo y nuestros cuerpos para que con ellos alguien haga negocio, sino hacer actividades útiles y necesarias para el bien-estar, a lo mejor cogéramos otra fuerza para exigir la reducción de la jornada laboral.

Crear pensamiento implica también compartir lo nombrado. Sabiendo, además, que todo discurso cambia cuando se expande y difunde; sobre todo, en la medida en que este compartir se entienda desde una voluntad de contagiar y contagiarse y no desde un ejercicio unidireccional de *pedagogía* desde quien sabe hacia quien no sabe. Este contagio nos obliga a lidiar con los significados diversos que aparecen cuando el conocimiento se pone en circulación. No podemos pretender que, al lanzar algo al ahí-fuera que escapa a nuestro control directo, ese algo no mute. Por eso no valen los no-me-habéis-entendido ofendidos. Pero esto tampoco nos desresponsabiliza de lo que ocurre una vez que un nombre o una propuesta está ya ahí-fuera, al filo de ser apropiada, enriquecida, mutada o tergiversada.

¹⁰ De *pensaciones* nos habla Marcos Ruíz González, quien, con sus cinco años, pareciera haber leído a Beatriz P. Repes y Laura Pérez-Rodríguez (2013) cuando animan a la «creatividad lingüística», dado que hay «mundos que no se pueden nombrar desde la norma que se nos ofrece».

Hay que hacerse cargo de lo lanzado recogéndolo de vuelta (y volviéndolo a lanzar). Quizá estas reflexiones estén especialmente marcadas por lo ocurrido con la idea de cuidados que desde los feminismos logramos poner a circular y que ha tenido derivas importantes, en gran medida inesperadas y no siempre alentadoras.

¿Pensamiento colectivo o creación colectiva?

El pensamiento nunca es una iluminación individual.¹¹ Quizá por eso decir creación colectiva sea una redundancia. A pesar de ello, puede venir bien recordárnoslo, porque es fácil perderlo de vista en un contexto en el que los mecanismos de reconocimiento están tan personalizados (¿lo están cada vez más?): el prestigio, los réditos económicos, las autorías, etc. Esto es así, sin duda, en la universidad, en la generalidad de las instituciones legitimadas como depositarias del saber y la política y, en términos más amplios, a la hora de hacer currículum para ganarse un sueldo. Pero ¿y en los movimientos sociales? ¿Estamos también asistiendo a un proceso de individualización y profesionalización de la política? ¿Qué pasa cuando nos situamos a caballo entre los movimientos sociales y la academia, cuando creamos pensamiento sobre quienes *actúan*? ¿Convertimos en réditos personales la lucha del conjunto o, peor aún, la de quienes no están ocupando esas instituciones? ¿Hablar de empleo de hogar, como se hace aquí, es una forma de adueñarnos de la lucha de las empleadas de hogar y de rentabilizarla? No es frecuente que una empleada de hogar escriba un libro, pero libros escritos sobre su situación hay más de uno. Y quizá que los haya es bueno, incluso imprescindible para poder saber qué ocurre con este trabajo y transformarlo.

A lo mejor una clave es intentar no hablar sobre lxs otrxs, sino sobre procesos de los que formamos parte; hablar de *lo que sucede* sabiendo que somos parte, que *nos sucede*. Sin obviar que lo que sucede nos sucede *de formas muy distintas*. Y que quien tiene el privilegio de dedicar horas y horas a escribir (y el lujo de publicar) no ocupa las posiciones más vulnerables; mientras que quienes sí las ocupan suelen carecer de tiempo y recursos para redactar. No se escribe sobre las empleadas de hogar, las otras, sino sobre el empleo de hogar, nodo de vulneración

¹¹ Aunque sea un conjunto de motivos lo que nos lleva a optar por hablar en primera persona del plural en este libro, entre ellos está, sin duda, esta convicción de que todo lo pensado, dicho y escrito surge de alguna forma de un proceso de creación que va mucho más allá de lo individual.

de derechos y pilar de una organización de cuidados injusta que está en la base de un modelo de desarrollo insostenible en el que se valora de forma radicalmente desigual escribir un libro o limpiar las manchas de tinta.

Más allá de la creación colectiva de pensamiento, quizá la apuesta sería que el pensamiento fuera en sí mismo colectivo, es decir, que el marco conceptual y sus implicaciones de todo tipo (políticas, metodológicas) fueran compartidos y apropiados por una colectividad y no meramente *aprendidos* a partir de lo explicado por una *intelectualidad oligárquica*. Lo colectivo, en este sentido, no podemos verlo como una suma de individualidades, por brillantes que sean, sino como una manera de construir en común, basada en niveles muy altos de horizontalidad y de búsqueda de consenso. Lo cual, a menudo, obliga a perder *virtuosismo retórico*. Ponerse de acuerdo en qué decir y cómo hacerlo no es nada fácil, pero es mucho más potente.

De todas estas ambigüedades (por no decir contradicciones) no escapan estas páginas, que surgen de lo trabajado en diversos escenarios (universidad, movimientos sociales, distintos organismos empleadores), a veces en mayor soledad y a veces muy en equipo. Son fruto de un proceso colectivo, pero se firman individualmente; querrían contribuir a crear pensamiento colectivo, pero lo hacen ocupando el espacio unidireccional de la letra impresa.

¿Feminista?

A menudo surge una duda: ¿por qué eso de poner la sostenibilidad de la vida en el centro es feminista? Comentaba un compañero en las XII Jornadas de Economía Crítica: «No te ofendas, pero eso no debería ser feminista. Eso debería ser lo que hiciéramos todos». Y sí, de hecho, sería una gran alegría que las distintas corrientes de economía heterodoxa trasladaran su epicentro de los mercados a los procesos vitales, se tomaran en serio el heteropatriarcado como organizador de la economía y atendieran de forma sistemática a los trabajos no remunerados. Pero: ¿todo el mundo haciendo lo mismo?

Desde miradas críticas feministas y ecologistas hemos cuestionado la hegemonía del marxismo dentro de la heterodoxia, denunciando que se dejaban fuera elementos fundamentales que la economía feminista y la economía ecológica incorporan. Pero tampoco la propuesta feminista está completa o acabada. Por ejemplo, no se ha replanteado lo suficiente el panorama de conjunto entendiendo que la economía

es una parte de un sistema ecológico mucho más amplio. Tampoco el ecologismo ha dado suficiente relevancia a los trabajos no remunerados. ¿Tenemos que pretender que todas las miradas sean lo suficientemente feministas? ¿Y ecologistas? ¿Y marxistas? ¿Y postcoloniales? Sí y no. Los intentos de integrar una pluralidad de perspectivas críticas para hacer frente a la teocracia mercantil y su sustento teórico neoclásico son imprescindibles. Pero no podemos aspirar a un nuevo discurso universal que lo contenga todo. La potencia de estos intentos de integración¹² reside en estar en disposición al diálogo y no en llegar a una metanarrativa omnicompreensiva. El problema es cuando alguna perspectiva se arroga, si no la verdad total, sí una verdad más importante que las otras y/o cuando no se acepta replantear nada el discurso propio en función de lo que podamos aprender del resto.

En todo caso, la propuesta feminista para pensar el sistema socioeconómico tiene peculiaridades que permiten denominarla como tal al menos en dos sentidos. En primer lugar, es feminista porque entiende el heteropatriarcado como sistema constitutivo del mundo y de la socioeconomía. Trata de desentrañar qué significa esto yendo más allá de la estrategia de «añada mujeres y revuelva» en la que todo se queda igual y ponemos un apéndice sobre *la situación de la mujer*. En segundo lugar, es feminista en un sentido genealógico, porque sus contenidos se ligan a propuestas históricas de los feminismos. Se pone un fuerte énfasis en la encarnación del bien-estar y el mal-estar, lo cual saca a la luz ámbitos en los que se ocultan tensiones que, si se vieran, podrían politizarse y, quizá, romper la *paz social*. Y se parte de considerar que lo personal es político. Esto implica que la transformación del sistema no puede venir solo por un cambio de las estructuras de fuera, sino por un vuelco en nuestra propia forma de situarnos en ellas. Y esto exige entrelazar las revoluciones en la cotidianeidad con las macrotransformaciones. En todos esos sentidos, este libro es feminista, lo cual no supone, ni mucho menos, que lo que aquí se dice agote todo lo que es posible decir sobre la economía desde los feminismos. Es una mirada feminista localizada que, entre sus parcialidades, tiene la de estar imbuida en un contexto norcéntrico, urbano y blanco.

Finalmente, cabe decir que es también feminista en otro sentido, que probablemente ya haya sido percibido en la lectura. El lenguaje no es un transmisor neutro, sino que mediante él se expresan y reconstruyen las relaciones de poder. Llamar economía solo a los flujos monetarios o al conjunto de procesos que sostienen la vida no es una mera cuestión estilística, sino conceptual (¿qué es la economía?) y política (¿a qué intereses responden uno u otro concepto?). De natural la lengua no tiene nada. Como dicen Beatriz P. Repes y Paula Pérez-Rodríguez (2013), a

¹² Por ejemplo, Santiago Álvarez Cantalapiedra *et al.* (2012).

quienes citamos recurrentemente: «Hay connotaciones ideológicas en la afirmación de “naturalidad” que llaman a la pasividad en lo lingüístico, al no despertar de la conciencia». Por eso, el feminismo entiende el hecho lingüístico como terreno de lucha política. «La lengua castellana, como sistema, sí es sexista. La articulación del género que proporciona *la norma*, por ejemplo, permite a los hombres nombrar *por defecto* a las mujeres. [...] Esto es, en sí mismo, bastante poco neutral: es fácil pensar que la gramática se podría haber articulado de forma distinta de no haberse generado en un sistema patriarcal». Lo cual implica que el contenido de las apuestas políticas, en general, y la feminista en concreto, se sitúa tanto en el qué se dice como en el cómo se dice. Necesitamos explorar nuevas fórmulas de expresión, hacer «cosas bonitas» con la lengua, «esas que hacen visible no solo que nos referimos también a mujeres, sino que nos preocupa el propio hecho lingüístico, las luchas feministas y el cambio que se da en su interacción». No disponemos hoy de una alternativa única y plenamente satisfactoria para romper con el lenguaje heteropatriarcal. Sin embargo, esta exploración es lo único que nos puede permitir, de cara al futuro, transformar el problema de fondo (la propia construcción generizada y desigual del castellano). «La proliferación de (a)gramáticas, performatividades lingüísticas y hablas *antisistema* es síntoma de que esta lengua no nos representa y, lo que es peor, no sirve a nuestros fines comunicativos».

La necesidad de ruptura con esa lengua normativa se concreta en este libro en tres rasgos. El uso habitual de expresiones genéricas sin marca morfológica de género tales como *quienes*. La utilización del femenino y del masculino cuando se desea hacer mención expresa a la asociación de lo que se está narrando con valores vinculados a la femineidad o a la masculinidad, a sujetos inteligibles a través de la matriz heterosexual, o a concepciones normativas sobre quienes protagonizan los acontecimientos. Y lo que podríamos propiamente denominar *desobediencia lingüística*, en la medida en que rompe con la norma gramatical, esto es, el uso de la «x» en los casos en que los genéricos no sean posibles o bien en los casos en que se quiera enfatizar el carácter plural (actual o deseado) en términos de identidad sexual y de género del conjunto social al que nos estamos refiriendo (ya que la lengua al uso no solo es machista, sino binarista). Esta forma de desobediencia es saludable: «Convenzámonos de que la transgresión lingüística no es peligrosa para la salud, de que la salud de la propia lengua no se pone en peligro por el cambio y desobedezcamos».¹³

¹³ Si bien todavía de uso restringido, esta desobediencia no es pionera, en la medida en que se usa habitualmente en comunicaciones de corte más informal o militante y que se asemeja a la apuesta por el asterisco «*» que hace Mauro Cabral (2009) y que aplica, por ejemplo, Gerard Coll Planas (2012). De hecho, quien esto escribe ya ha publicado así (véase Amaia Pérez Orozco, 2011 y Amaia Orozco y Sara Lafuente, 2013).

¿Para la subversión?

Los feminismos tienen una voluntad de transformación del statu quo, lo que Sara Lafuente Funes define como «una pretensión de subversión». Lo que estas páginas querrían es contribuir a subvertir el mundo que habitamos, aquel hacia el que transitamos y los propios nombres con que lo aprehendemos.

En este sentido, vamos a usar una serie de *conceptos tachados*. ¿Para qué? Con ellos nos referimos a palabras que son de uso habitual, pero cuyo significado consideramos en sí mismo como una trampa.¹⁴ Lo haremos con tres conceptos: *crisis*, economía *real* y *producción*. Al hablar de *crisis*, nos referiremos a lo que desde el discurso hegemónico se llama *crisis* y que tiene que ver con problemas en los circuitos de valorización de capital. En cambio, al hablar de crisis estaremos hablando de un conjunto de procesos que ponen en riesgo la sostenibilidad de la vida. De forma similar, hablaremos de economía *real* porque es el nombre con el que habitualmente se habla de los espacios mercantiles donde se intercambian bienes y servicios en contraposición a los espacios de los mercados financieros en los que se compra y vende dinero. Sin embargo, desde una mirada basada en la sostenibilidad de la vida, la economía *real* es mucho más que eso. Más aún, lo que sucede en esos espacios no es economía propiamente dicha, porque no busca sostener vida, sino que pone la vida al servicio de la acumulación de capital. Por último, nos referiremos a ese mismo ámbito como la *producción*, recuperando el argumento ecologista de que realmente no se produce nada nuevo, sino que solo se extraen y transforman los materiales que ya estaban. La idea de estar produciendo riqueza es sumamente dañina porque permite negar la existencia de límites físicos del planeta. A esta crítica añadimos la feminista que asegura que la *producción* solo puede escindirse de la reproducción en la medida en que funciona una lógica distinta y contrapuesta a la propia generación de vida. Otros conceptos de uso habitual y cuyo significado queremos cuestionar los utilizaremos en cursiva (por ejemplo, *desarrollo*, *riqueza*) y/o jugando con su composición morfológica (por ejemplo, hablaremos de bienestar como un término intercambiable con el de vidas que merecen ser vividas, en contraposición a la noción mercantilizada de bienestar).

Si hablamos de pretensión de subversión, es ineludible preguntarnos si, efectivamente, logramos subvertir. Las propuestas feministas, ¿son el último punto del manifiesto, el capítulo adicional del manual de economía heterodoxa? o

¹⁴ La idea de conceptos tachados viene de Jacques Derrida (1989), aunque hacemos un uso poco ortodoxo de ella.

¿entran en el núcleo duro y lo transforman? A menudo parecen quedar desplazadas como lo que Marisa Pérez Colina llama «la propina». Aquello que, si hay tiempo, ganas y buen rollismo, abordamos y, si no, dejamos fuera porque el meollo del asunto es otro. Dentro de la heterodoxia, hay un cierto rechazo (más de facto que declarado) a incorporar los planteamientos feministas. Pensar la economía desde el bien-estar y el mal-estar encarnados no es solo bonito, sino que obliga a cuestionar el sillón que ocupamos cada quien en lo cotidiano y, a veces, resulta que es un sillón demasiado cómodo. Hace unos años, en un taller sobre cuidados en un sindicato, todo iba bien: «Sí, claro, qué importante el trabajo doméstico», «El capital se lucra del trabajo no pagado, por supuesto». Hasta que Sira del Río afirmó rotunda: «No cuidar es procapitalista». Fue entonces cuando toda la fila trasera de machos sindicalistas de pro se levantó y se marchó (¿¿huyó?!!). Es mucho más grato referirse a los cuidados que amorosamente prestan tantas mujeres y a cómo los capitalistas las explotan que cuestionarse cuánto mejor vivo yo sin limpiar el váter.

Pero también es cierto que desde los feminismos tenemos cosas que cuestionarnos y argumentos que fortalecer. Necesitamos ir más allá del eslogan tantas veces reiterado de «y las mujeres, peor». Un eslogan que, además de victimista, nos coloca a todas en una misma posición de subordinación, sin reconocer diferencias ni desigualdades entre nosotras. Mucho menos desestabiliza el sistema binario mujer/hombre. Por eso, más bien debemos pasar a comprender la (re) creación social del poder: cómo el sistema socioeconómico establece distintos niveles en los que hay vidas que merecen la pena ser lloradas y otras que no, como diría Judith Butler (2009); unas merecen ser sostenidas y otras, no; unas han de ser rescatadas ante la crisis y otras no. El género es una marca de subordinación en el establecimiento de esas jerarquías, pero está cualificada por otras variables. En el mismo sentido, tenemos que salir del *impasse* en el que, cuando se ve claro nuestro anticapitalismo (todos unidos ante la maldad de las empresas que atacan la vida), queda desplazada la crítica feminista y viceversa. Es crucial lograr explicar por qué decimos que, si la lucha no es también contra el heteropatriarcado, no hay forma de horadar esa Cosa escandalosa que habitamos. ¿Cómo mostrar que la maldad empresarial y el privilegio masculino están íntimamente conectados?

(Huir de los) paradigmas androcéntricos para pensar la economía y la crisis

La economía es una construcción social.¹⁵ Lo que hoy entendemos por tal, la pléthora de herramientas analíticas que usamos para conocerla y de instituciones y estructuras que la organizan ni han existido siempre ni tienen por qué seguir existiendo en el futuro, toda vez que nos rebelamos contra la sentencia de «el fin de la historia».

Lorena Escobar (2008) nos explica las formas de trabajo reconocidas en lengua cañarí por dicha cultura antes de la colonización española:¹⁶ *llamcay*, trabajo; *minca*, trabajo comunitario; *aini*, trabajo colectivo familiar; *rantinpac*, trabajo solidario, de ayuda mutua; *mita*, trabajo obligado, forzado por los españoles/hecho por turnos (en el incaico); y *maquimañachii*, trabajo de colaboración mutua, que se devuelve. Conceptos como empleo o trabajo por cuenta propia no existían porque las formas de organizar y de comprender el *trabajo* no venían marcadas por la venta de la mano de obra en el mercado. De forma similar, la palabra *economía* fue introduciéndose con la llegada de los españoles como *misa cana* (*misa*: mezquino, tacaño; *cana*: hacer el oficio-futuro). «Al parecer estas voces compuestas nos darían una relación de la introducción de la visión de economía desde la colonización. Tal vez por el proceso extractivo indiscriminado de la colonia, los indios vieron la economía colonizadora como un sistema egoísta con el futuro» (Lorena Escobar, 2008). No se encuentra tampoco traducción para palabras que hoy utilizamos diariamente como sueldo, salario, riqueza, oferta, privado, acumular, individuo. La *economía* y el *trabajo*, tal y como los conocemos, no eran formas relevantes de organización. Este es un ejemplo de entre los muchos que podríamos encontrar y que nos pueden ayudar a poner en cuestión *verdades* que hoy consideramos prácticamente inmutables.

Los conceptos y las palabras, al igual que las estructuras y las normas, se explican cuando están en disputa. A finales del XVIII y principios del XIX se dedicó mucha tinta a polemizar sobre qué era economía y qué era trabajo. El debate se fue cerrando a medida que se impuso una perspectiva hegemónica, la que a nivel

¹⁵ Dentro de la economía feminista, quizá quienes primero lo señalaron vinculándolo a la construcción social del género fueron Marianne A. Ferber y Julie A. Nelson (1993).

¹⁶ La lengua cañarí era la propia de la cultura cañarí (en la zona de lo que hoy son las provincias de Azuay y Cañar, al sur de Ecuador) hasta que el inca Tupac Yupanqui introdujo el kichwa. Las dos coexistieron durante los sesenta años de la dominación incaica y, paulatinamente, la lengua cañarí fue acercándose al kichwa; se pueden encontrar vestigios aún a principios del siglo XX.

teórico podríamos denominar economía neoclásica, que hoy sustenta a su vez un discurso político neoliberal. En esta mirada ortodoxa, los mercados capitalistas son el epicentro tanto del conocimiento como de la estructura socioeconómica. Es en ese sentido que podemos hablar de una *teocracia mercantil*. El proceso histórico en el que esta corriente se convirtió en hegemónica fue parejo al asentamiento de un modelo capitalista que impuso el proceso de valorización de capital como el eje en torno al cual giraba toda la sociedad. Hoy necesitamos cuestionar el conjunto de conceptos fundacionales del «proyecto modernizador» (Arturo Escobar, 2010) en crisis: las ideas mismas de desarrollo, progreso y crecimiento.

Desde la economía feminista, se denuncia que el paradigma neoclásico adolece de profundos sesgos androcéntricos: se construye sobre la ausencia de las mujeres, se niega relevancia económica a las esferas que se asocian con la feminidad (el ámbito de lo privado-doméstico, el hogar y los trabajos no remunerados) y se utiliza la experiencia masculina en los mercados para definir la normalidad económica. Ni se mira al ámbito de la *reproducción*, ni se mira a las mujeres que sí están en el ámbito de la *producción*, ni se intenta visualizar y explicar la desigualdad de género en ninguno de ellos. La instauración de este discurso se produjo a la par que se implantaba un sistema económico basado en la escisión entre los ámbitos público/privado-doméstico y que tiene en el contrato sexual la base oculta del cacareado contrato social; un sistema atravesado por la división sexual del trabajo, sumamente resistente, si bien con articulaciones cambiantes; y que impone un modelo constreñido de familia nuclear y unos roles económicos injustos (hombre ganador del pan y cabeza de familia autosuficiente / mujer ama de casa dependiente). Desde la economía ecológica, se acusa a este paradigma por ser antropocéntrico: se basa en la creencia en la *metáfora de la producción*, al considerar que la naturaleza es el contexto en el que tiene lugar la producción (es el medio ambiente), un *input* más para la creación de riqueza (mediante el capital o el trabajo), pero que no es riqueza en sí. Este discurso se impuso a la par que un modelo extractivista, medioambientalmente insostenible y basado en el expolio de los países de la periferia.

Frente a la teocracia mercantil, aparece con fuerza otra mirada. Dentro de lo que podríamos llamar la *hegemonía crítica* se sitúa lo que Antonella Picchio denomina *estrabismo productivista*: una visión que reduce toda dimensión de la vida, toda relación social y todo proceso económico a la relación salarial, desde la percepción de la existencia de un profundo conflicto entre el capital y el trabajo (asalariado), poniendo en consecuencia la potencia de la lucha en la relación

salarial. A pesar de las enormes diferencias de este paradigma con la teocracia mercantil, comparte con esta los sesgos androcéntricos y antropocéntricos anteriormente descritos.

Los sesgos androcéntricos del discurso, asunto en el que centramos nuestra crítica, se replican en el ámbito de la intervención política. Así, el lugar privilegiado desde el que generar conflicto es el ámbito mercantilizado y masculinizado de la producción: el trabajo asalariado confiere identidad de clase y articula el sujeto de lucha (el espejo obrero del BBVAh). Los únicos agentes con legitimidad política formal son aquellos de la negociación tripartita patronal-sindicatos-gobierno. Además de no articularse conflicto desde las esferas económicas invisibilizadas y feminizadas, es más que dudosa la presencia de las mujeres allí donde sí se articula, en la lucha obrera y los sindicatos. Sin pretender agotar esta cuestión aquí, cabe decir que esta presencia ha sido dificultada en ocasiones, negada, otras, y que a menudo las reivindicaciones se han encorsetado como *las demandas de las mujeres*, como especificidad, y no como reivindicaciones generales de la clase trabajadora.

Lo paradójico, como intentaremos argumentar, es que esa estructura que pivota en torno a lo masculinizado mercantil es clave para posibilitar la negación del conflicto con el capital que la heterodoxia intenta mostrar. La fuerza para cuestionar el capitalismo estará más que menguada si se mantiene la estructura de pensamiento androcéntrica, que, desarrollada en íntima conexión con la configuración del sistema económico, coloca a los mercados capitalistas en el epicentro y oculta esferas y agentes económicos gracias al heteropatriarcado. Por eso, una de las apuestas clave del feminismo será articular pensamiento y conflicto desde las esferas económicas invisibilizadas.

Veamos, en síntesis, los principales postulados de los dos paradigmas más extendidos para pensar la economía.

| | Teocracia mercantil | Estrabismo productivista |
|--|---|--|
| <i>Centro de atención</i> | Flujos de mercado, interacción de las fuerzas impersonales de la oferta y la demanda. Procesos micro, decisiones individuales en torno a utilidades marginales | Flujos de mercado, procesos de valorización y acumulación de capital. La relación salarial como proceso macro |
| <i>El otro oculto (no se nombra, pero se da por hecho su funcionamiento)</i> | Hogares Familia armoniosa Trabajo no remunerado | Reproducción Familia armoniosa Trabajo no remunerado |

| | | |
|---|---|--|
| <i>Naturaleza</i> | Recursos para el proceso de creación de riqueza: la producción | Recursos para el proceso de creación de riqueza: la producción |
| <i>Fuente del valor y la riqueza</i> | El capital es la fuente de valor. Todo puede sustituirse por capital (clave para aumentar la productividad y sostener el crecimiento económico) | El trabajo es la fuente de valor. Conflicto por la apropiación de la plusvalía |
| <i>¿Trabajo?</i> | Trabajo es aquella actividad que haces a cambio de una ganancia (monetaria), la satisfacción que te provoca consumir compensa el malestar que genera el trabajo | Trabajo es trabajo asalariado (sentido amplio). Noción de la esclavitud del salario (clase trabajadora que solo posee su fuerza de trabajo y la vende a la clase propietaria de los medios de producción). El trabajo asalariado confiere identidad vital y política |
| <i>Sujeto de la economía</i> | <i>Homo economicus</i> . Individuo aislado, autosuficiente, racional y egoísta. Toma las decisiones mediante un proceso individual y racional de maximización de la utilidad. Sin cuerpo. BBVAh | Clases sociales, definidas por la propiedad de los medios de producción. Sin cuerpo. Espejo obrero del BBVAh |
| <i>Carácter social de los procesos económicos</i> | Sumatorio de conductas y decisiones individuales | Procesos sociales de relación entre clases |
| <i>Relaciones de poder</i> | No existen relaciones de poder (mercado como el escenario del libre intercambio y la meritocracia) | Lucha de clases como definitoria del capitalismo |
| <i>Validez del conocimiento</i> | El buen conocimiento se caracteriza por ser verdadero, universal y objetivo (en el sentido de neutralidad valorativa). Se dan metanarrativas del mundo | El buen conocimiento es universal y verdadero, pero se logra haciéndolo desde el punto de vista de los oprimidos, de la clase trabajadora (objetividad reforzada). Se dan metanarrativas del mundo |
| <i>Economía y posicionamiento político</i> | Clara distinción entre la economía positiva (técnica, objetiva) y la normativa (se introducen juicios políticos una vez tenemos ya los conocimientos técnicos). El conocimiento económico es técnico y hecho por expertos | La economía es siempre política y está cargada de valores. Economía crítica (sirve a propósitos transformadores). El conocimiento económico es político y hecho por expertos |

La teoría y la realidad se van construyendo simultáneamente. No son procesos ni inocentes, ni neutros; lo que se presenta como teoría económica hegemónica está plagado de sesgos ocultos (reflejo de relaciones de poder) y subyace a un sistema económico que es profundamente injusto, insostenible en un sentido multidimensional y, en última instancia, una forma de economía pervertida. En este momento de tránsito queremos reabrir el conflicto sobre los significantes y los significados, sobre el mundo que sostienen unos determinados conceptos.

Frente a esa *teocracia mercantil* es urgente la confluencia de miradas críticas que arranquen desde fuera de los mercados: el ecologismo social habla desde la intersección entre vida humana y no humana. Los feminismos que se centran en los cuidados hablan desde la vida humana en su hacerse cuerpo diariamente. Las apuestas por el buen vivir/vivir bien nacen de cosmogonías indígenas que dan un vuelco a los discursos (neo)coloniales. En ese sentido, el estrabismo productivista ofrece claves para la comprensión de los procesos de valorización y acumulación de capital, pero ni contiene el conjunto de la explicación ni mucho menos puede jugar un rol de liderazgo porque, precisamente, su anclaje son los mercados.

La diversidad de miradas feministas a la economía

Ninguna de esas dos miradas es satisfactoria para los objetivos políticos de la economía feminista. Por eso se intenta mirar desde otro ángulo. Vamos a discutir aquí la propia noción de economía feminista para pasar posteriormente a ofrecer una clasificación de las distintas corrientes, distinguiendo entre posiciones más integradoras y más rupturistas, y diferenciando ambas de lo que llamaremos *economía del género*.¹⁷

¿Economía feminista?

El nombre de *economía feminista* comienza a coger cierto auge no solo en los ámbitos académicos, sino también en los espacios de intervención política. Hay dos formas posibles de enfocarla. Podemos entenderla como una propuesta analítica y metodológica, tal y como se piensa en Europa y Norteamérica. Pero podemos enfocarla también como una forma distintiva de organizar de facto el sistema económico; así la entienden, por ejemplo, en Mesoamérica, donde se vincula a procesos de educación popular y se usa la idea de economía feminista para visibilizar la cotidianidad de muchas mujeres populares y campesinas que se resisten al modelo de *desarrollo* hegemónico.¹⁸ Entre una y otra aproximación no hay un

¹⁷ La distinción entre economía feminista y economía del género la tomamos de Ingrid Robeyns (2000); está más desarrollada en Amaia Pérez Orozco (2006). Para una panorámica general sobre la economía feminista, puede verse Cristina Carrasco (2005) y Gillian J. Hewitson (2011).

¹⁸ En el primer sentido, la economía feminista se asemejaría más a la economía ecológica, que

corte abrupto; las herramientas conceptuales quieren ser útiles para construir un sistema distinto e imaginar una economía diferente exige usar nuevos nombres. Estas páginas intentan ser un aporte en la construcción de pensamiento feminista que favorezca, a su vez, el refuerzo y la creación de prácticas distintas a las habituales; una forma alternativa de leer la socioeconomía, tanto la que hay (la que nos gusta y la que no) como la que podría haber.

La subsiguiente pregunta es: ¿se trata de un discurso eminentemente *científico* o prioritariamente *político*? La etiqueta *economía feminista* nació ligada a la academia (anglosajona),¹⁹ pero esto nunca habría sucedido de no ser por el impulso de la Segunda Ola del feminismo. Entonces: ¿dónde podemos ir a buscar las cosas que se están diciendo y proponiendo? ¿A las universidades y otros centros legitimados del saber y la política?, o ¿fuera de esos centros, en el movimiento feminista? Hasta ahora, parecía haber cierto consenso sobre la conveniencia de retroalimentación entre diversos espacios del feminismo: la libertad con que se crea pensamiento fuera del *establishment* puede redundar en la originalidad y valentía del discurso; a la par que los recursos y la sistematicidad que hay en la academia pueden aportar una útil solidez al discurso *militante*. Ahora bien, esto es así siempre y cuando hablemos de universidad pública, de docencia e investigación con márgenes de libertad y no subcontratadas, precarias y sometidas a criterios de eficiencia y rentabilidad. En el actual contexto de privatización de la universidad, quizá haya que poner mayor énfasis en el fuera de la *academia* o, cuando menos, ser más conscientes de los constreñimientos del dentro. En el Estado español, el 15M, el fuerte impacto de la crisis, la conciencia de, efectivamente, estar en tránsito, el enfado con los rapapolvos de la Troika y de la Iglesia parece que han desatado un cierto desparpajo. Con un poco de optimismo, podemos decir que empiezan a proliferar los espacios de confluencia del pensamiento y la acción feminista emanados desde diversos agentes y sujetos. Por eso, aunque en este texto recurramos a veces a la idea de economía feminista, preferimos hablar de miradas feministas sobre la economía.

busca cuestionar el funcionamiento actual desde una óptica ecologista, pero que no describe un sistema en armonía con el planeta (¡ojalá!). En el segundo, se asemejaría más bien a la noción de economía social y solidaria, que implica un funcionamiento alternativo sobre la base de ciertos valores de «justicia, cooperación, reciprocidad y ayuda mutua» (Juan Carlos Pérez de Mendiguren, Enekoitz Etxezarreta Etxarri y Luis Guridi Aldanondo, 2008: 8).

¹⁹ Ahí está la International Association for Feminist Economics (Asociación Internacional de Economía Feminista) surgida en 1992.

Estas miradas presentan una gran pluralidad, ya que arrastran una doble diversidad de partida: distintos enfoques feministas combinados con diferentes enfoques económicos. Esta diversidad puede también deberse a que, en tanto que discurso, es aún relativamente reciente, por lo que está en pleno proceso de búsqueda de sus *fundamentos*. O podríamos considerar que es rasgo consustancial a una perspectiva que justamente quiere estar en constante auto-revisión y caracterizarse por la reflexividad. Sea como sea, es diversa.

Economía del género y la igualdad (de oportunidades): buena para ellas, buena para todos

El postulado básico de la economía del género es la firme creencia en que es posible erradicar los sesgos androcéntricos del discurso económico neoclásico manteniendo incólume el grueso del mismo; igualmente, puede acabarse con la desigualdad entre mujeres y hombres sin cuestionar el capitalismo. Por eso definimos este enfoque como «añada mujeres y revuelva».²⁰ La economía del género aspira a realizar *buena ciencia*, no *manchada* por la política. Considera que el problema es la mala aplicación del método científico que permite que se cuelen prejuicios machistas que dejan las experiencias de las mujeres fuera de lo que se pretende conocer y también del conjunto de datos con los cuales validar y testar las hipótesis. El objetivo es mejorar la ciencia incluyendo a las mujeres para lograr verdades objetivas y universales; para ello un movimiento clave es la desagregación de datos por sexo, sin cuestionar la caja de herramientas heredada. En el siguiente capítulo hablaremos de la toxicidad de esta visión tecnócrata del conocimiento que convierte en casi inexpugnables las verdades oficiales, también las formuladas en *formato género*.

Esta perspectiva sigue restringiendo el análisis a las dimensiones que implican intercambio monetario, entendiendo como trabajo aquellas actividades que conllevan una remuneración y considerando que el bienestar se mide por los ingresos. Donde rompe es a la hora de considerar las relaciones de género como un fenómeno digno de atención. Al desagregar datos por sexo, se perciben diferencias en el reparto de los trabajos y los recursos que requieren explicación. La economía del género se vuelca en explicar las discriminaciones en el mercado laboral y las desigualdades en el acceso a prestaciones contributivas y a otro tipo de recursos y de mercados. Para entender la discriminación se

²⁰ Sandra Harding (1986) habla de los enfoques de «añada mujeres»; es Gillian J. Hewitson (1999) quien lo complementa con «y revuelva».

necesita atender al reparto intrafamiliar de las tareas en el hogar y al papel de cuidadoras que se adjudica a las mujeres. El problema es que, en última instancia, las desigualdades de género se entienden como algo social, producto de una construcción ideológica, que posteriormente impacta en la estructura económica, pero que es esencialmente distinta a esta. Se mantiene la escisión entre las dinámicas *materiales* de mercado y las dinámicas de género, que son netamente *culturales*.

El objetivo político prioritario para esta corriente es lograr la eliminación de las barreras visibles e invisibles que impiden el pleno acceso a todas las esferas económicas (léase mercantiles: empleo, crédito, propiedad, etc.). Se pone especial énfasis en los ámbitos de poder, como la alta dirección, las profesiones liberales, etc. Hay una focalización en los mercados y una atención prioritaria a los tramos superiores de estos. En última instancia, se deifican los ámbitos hegemónicamente comprendidos como *lo económico* y se exige la plena participación en ellos de las mujeres, sin cuestionar, por un lado, en qué medida esos mercados se sostienen sobre los procesos que ocurren fuera de los mismos, ni, por otro, su carácter jerárquico y competitivo.

Esta perspectiva política se caracteriza por heredar valores propios de la economía hegemónica, principalmente, el valor de lo individual (entiende la liberación de las mujeres como un compendio de procesos individuales y no habla de patriarcado ni de capitalismo porque no hay una perspectiva sistémica), de la igualdad de oportunidades por encima de la igualdad de resultados (y, al hilo, las nociones de competencia y meritocracia: en la medida en que haya igualdad de partida para competir, no es problemático que se llegue a distintos resultados si estos son producto del esfuerzo diferencial) o el ensalzamiento de la independencia (que se logra mediante la inserción en el mercado —empleo y consumo—, lo que luego renombraremos como *autosuficiencia*). En una vuelta de tuerca de suma importancia, no solo considera que la igualdad es posible dentro de una economía social de mercado, sino también que es beneficiosa para el mismo. Las barreras que impiden la plena participación de las mujeres implican un absurdo desaprovechamiento de recursos humanos. Si están preparadas y pueden ser igual o más productivas, ¿qué sentido tiene no beneficiarse de ese potencial? A mayor igualdad, mayor *crecimiento económico* y mayor bienestar.

Economía feminista: desde la integración a la ruptura

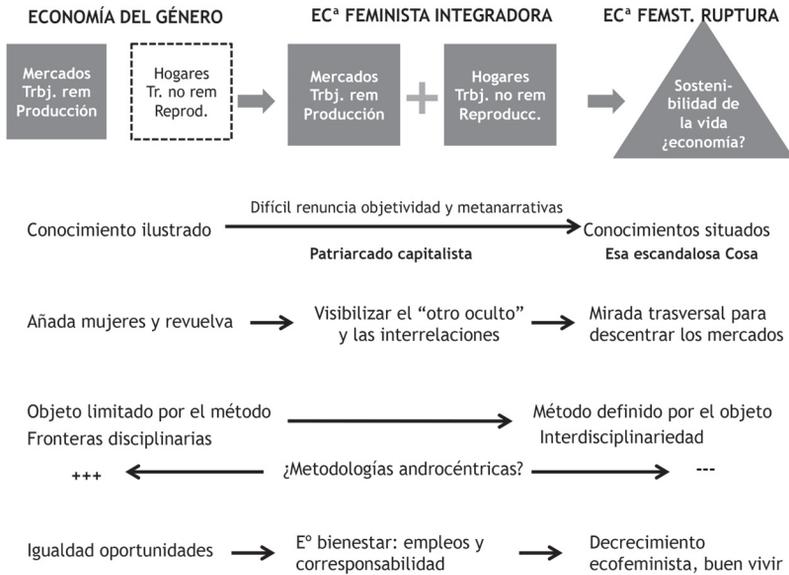
A pesar de la diversidad de enfoques, hay al menos tres elementos distintivos de la economía feminista: la ampliación de la noción de economía para incluir todos los procesos de aprovisionamiento social, pasen o no por los mercados; la introducción de las relaciones de género como un elemento constitutivo del sistema socioeconómico y, por lo tanto, del género en tanto que categoría analítica central más allá de la desagregación de datos por sexo; y la convicción de que el conocimiento es siempre un proceso social que sirve a objetivos políticos, de donde se deriva la explicitación de un compromiso feminista.

Con estos fundamentos compartidos, existen miradas diferentes. Una manera posible de clasificarlas es en función de su grado de ruptura con un punto de partida androcéntrico, que a su vez puede darse a un doble nivel: a nivel *teórico*, en función de en qué medida se despeguen de los marcos teóricos heredados, sobre todo, del paradigma neoclásico; y, a nivel *político*, en función de en qué grado las reivindicaciones que realicen impliquen romper o reformular el sistema socioeconómico actual (si sus objetivos son de emancipación, igualdad, liberación o subversión). En este sentido, distinguimos la *economía feminista integradora*²¹ de la *economía feminista de la ruptura*. La primera mirada intenta integrar los conceptos y contenidos que emanan del feminismo dentro de lo que ya sabíamos sobre los mercados y las reivindicaciones que había en torno a ellos. Para la segunda, pensar e intervenir sobre la economía implica cambios de mayor calado que, a menudo, conllevan rupturas conceptuales, metodológicas y políticas. En el siguiente gráfico se intenta mostrar la diversidad en torno a cuatro ejes: la epistemología de partida, a qué se llama economía, qué metodología se usa y qué posiciones políticas se defienden.²²

²¹ Aunque anteriormente hablábamos de economía feminista de la conciliación (Amaia Pérez Orozco, 2006), es más acertada la expresión utilizada por Astrid Agenjo Calderón (2011) al hablar de economía feminista integradora. En ese mismo texto, la autora proporciona un buen análisis de las diversas perspectivas feministas sobre la crisis y argumenta que «lo óptimo para la Economía Feminista es unir esfuerzos para encontrar las sinergias ocultas que permitan [...] aprovechar las complementariedades que surgen de las dos corrientes» (2011: 97).

²² Al clasificar no se trata de encasillar a nadie. Intentar encerrar las ideas en compartimentos estancos sería un gran error político además de sencillamente imposible. A pesar de ello, vamos a ver esa distinción, porque consideramos que es imprescindible ser conscientes de que, a menudo, parece que hablamos de lo mismo, pero nos estamos refiriendo a cosas distintas. También es crucial conocer dónde tenemos tensiones o, incluso, conflictos, para poder debatir dónde poner la fuerza y concentrar las energías. Valga finalmente señalar que, aunque la clasificación se explique en términos en cierta medida evolutivos (de la integración a la ruptura), se trata de un recurso

Figura 0.1. Miradas feministas a la economía



Epistemología: ¿vemos mejor con las gafas violetas?

Para la economía feminista una constatación básica es que la ausencia de las mujeres de la teoría no ha sido casual, sino la forma de crear un conocimiento que legitima la desigualdad. En consecuencia, para hacer mejor economía es preciso *ponerse las gafas de género*, mirar desde una posición sensible a las desigualdades. Con las gafas puestas vemos dimensiones que los paradigmas androcéntricos dejan fuera de manera sesgada e interesada (el mundo del trabajo no pagado) y constatamos relaciones económicas significativas que no se quieren ver (la desigualdad entre mujeres y hombres tanto en el mercado como fuera del mismo). Combinando los conocimientos desarrollados para comprender el mundo de la economía monetizada con los nuevos desarrollados para entender las esferas no monetizadas, logramos captar el conjunto del sistema.

narrativo, que prioriza el hilo de continuidad sobre la contraposición y que en ningún caso pretende referirse a estadios previos o posteriores, posiciones superadas o superables.

Paulatinamente, aparecen serias dudas de que el asunto sea tan *sencillo* como partir del punto de vista de las mujeres para descubrir la base material de la opresión. ¿Desde el punto de vista de qué mujeres hablamos, si las mujeres somos diversas? ¿Pretendemos conocer un mundo que espera estático a que lo descubramos usando nuevas lentes? La economía feminista va alejándose de las metanarrativas para acercarse a los conocimientos situados; no se busca una verdad absoluta e irrefutable, sino responsabilizarse del lugar desde el que se observa y entrar en diálogo con otras miradas para ir uniendo verdades parciales y construyendo mapas que permitan pensar mundos mejores.

Descubriendo lo invisible: la economía que no mueve dinero

Las miradas feministas toman su sentido inicial en el *descubrimiento del otro oculto*. A esta parte recuperada de la economía se le otorgan diversos nombres que, a su vez, responden a diversos posicionamientos teóricos y políticos: reproducción, hogares, trabajo doméstico, cuidados, etc. Su visibilización muestra que las mujeres que no están en el mercado laboral, bien lejos de estar *inactivas*, están muy presentes en la economía. La noción de división sexual del trabajo es una piedra angular de la economía feminista. A partir de aquí, la cuestión es cómo reformular el análisis para abarcar toda la economía, la visible y la invisible. La apuesta del enfoque integrador es plantearlo en términos de un *sumatorio de esferas y de trabajos*, mediante un análisis de corte dual. El capitalismo opera en el mercado y en lo público, mientras que el patriarcado opera en lo privado-doméstico, en las casas. El primero conlleva una explotación de clase a través del trabajo asalariado y el patriarcado una opresión de género materializada en el trabajo doméstico. Las mujeres están sometidas a ambas. Para las denominadas teorías de los sistemas duales, son dos sistemas, parcialmente independientes, pero que coexisten, interaccionan y que, aunque en ocasiones entren en contradicción, en general tienden a reforzarse.²³

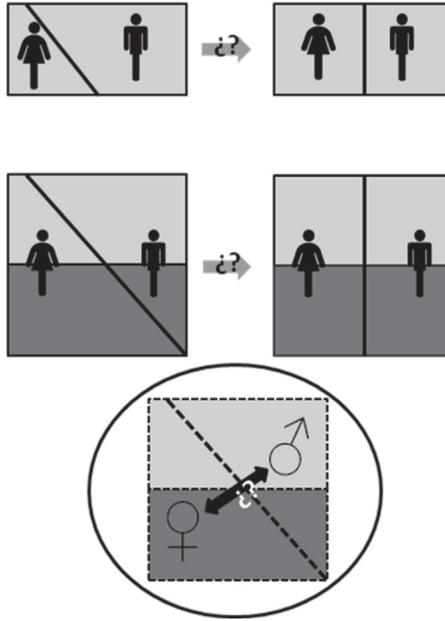
²³ Entre las lecturas clave podemos señalar a Juliet Mitchell (1971), Heidi Hartmann (1979) y Zillah Eisenstein (ed., 1979). Este enfoque, de raigambre marxista, es el que más claramente muestra ese análisis dicotómico. Pero esa cualidad binaria está presente también, de otro modo, en autoras de corte neoclásico, institucionalista, (post)keynesiano, etc.

El problema de esta mirada dicotómica es que es incapaz de comprender la interacción dinámica entre ambas esferas y su entretreído. Se va viendo que no podemos pretender arrojar una luz inequívoca sobre la situación económica de todas las mujeres del mundo mediante un análisis ahistórico y desterritorializado del capitalismo patriarcal. Existen más sistemas de relaciones de poder que condicionan el funcionamiento de la economía y la articulación de esos *múltiples sistemas* varía en cada contexto y a lo largo del tiempo. No debemos pretender integrarlos todos en una nueva teoría lo suficientemente amplia como para explicar la experiencia de cualquier mujer en cualquier lugar del mundo. La otra pregunta que desbarata ese enfoque dual es: ¿para qué nos importa entender la producción de bienes y servicios si no es para analizar su capacidad de reproducir personas? Necesitamos desplazar el eje analítico desde los procesos de valorización de capital hacia los procesos de *sostenibilidad de la vida*, entendiendo la socioeconomía como un circuito integrado *producción-reproducción*, trabajo remunerado-trabajo no remunerado, mercado-Estado-hogares; valorando en qué medida genera condiciones para una vida que merezca ser vivida; y comprendiendo cómo las relaciones de poder se reconstruyen mediante su funcionamiento.

Quizá podríamos sintetizar la diversidad de enfoques pensando en cuál es la pregunta clave para cada una de las perspectivas cuando se trata de discutir sobre el trabajo. Para la economía del género trabajo es aquello que ocurre dentro de las esferas monetizadas (figura 0.2). La clave es lograr una mayor presencia de las mujeres en ellas, que haya igualdad de oportunidades en el acceso al mercado laboral (que la diagonal que divide la parte que hacen mujeres y la que hacen hombres se convierta en una vertical).

La economía feminista más integradora saca a la luz todo el trabajo no remunerado, con lo que se amplía mucho el *mundo del trabajo*; aparece toda una esfera de actividad económica (más oscura) que antes no se veía y donde las mujeres han estado históricamente presentes. Además, también estaban en el mercado y, sobre todo, queremos que estén. Tenemos por lo tanto que hablar de una doble presencia de las mujeres. La pregunta central es cómo lograr una redistribución equitativa tanto de los trabajos remunerados como de los no remunerados (de nuevo, cómo convertir la diagonal en una vertical).

Figura 0.2. El trabajo desde distintas miradas feministas



La economía feminista más rupturista establece varias fisuras con esa forma de mirar el conjunto. Desestabiliza las categorías cerradas y estáticas de *mujer* y *hombre*, preguntándose cómo se reconstruye la feminidad y la masculinidad y cómo estas estructuras sexuadas impregnan espacios e instituciones además de condicionar a los sujetos. Por eso habla de heteropatriarcado y no de patriarcado (por eso los símbolos de lo femenino y lo masculino y no de mujer y hombre; así como el punteado de la diagonal). Difumina las barreras entre trabajo remunerado y trabajo no remunerado y las fronteras entre el mundo del trabajo y el resto de actividades vitales (de ahí las líneas discontinuas); estas fronteras no son nada evidentes en contextos distintos al urbano norcéntrico, e incluso en este cada vez menos debido a los procesos de feminización del trabajo y mercantilización de la vida. Los cuidados son un ámbito donde todas estas barreras estallan. Además, sitúa el proceso de trabajo humano como una parte dentro de procesos ecosistémicos más amplios (de ahí el círculo exterior). También plantea otra importante pregunta: cuál es la interrelación entre el trabajo no remunerado (y otras formas

de trabajo invisibilizadas) feminizado y el trabajo remunerado (y otras formas de trabajo hegemónicas) masculinizado.²⁴ La respuesta a esta pregunta pasa por la constatación de un conflicto entre la sostenibilidad de la vida y la lógica de la acumulación (a la que se acusa de ser heteropatriarcal además de capitalista) y vuelve quimérico el intento de lograr la igualdad sin una transformación radical del sistema. El juego de presencias/ausencias pasa por la doble presencia/ausencia de las mujeres (están en esferas movidas por lógicas contrapuestas, por lo que una presencia plena simultánea es imposible en sí) y por remarcar la ausencia de los hombres, el Estado y los mercados de las esferas donde se asume la responsabilidad de sostener la vida.

Metodología: ¿con las herramientas del amo?

La economía del género sigue vinculada a las metodologías androcéntricas y mercantilistas de partida, lo cual implica que el objeto de estudio viene delimitado por el método. Se intenta comprender solo aquello que puede captarse por una metodología prefijada (tecnificada, cuantitativa, matematizada). Lo que desborda queda en el limbo del *ceteris paribus*, de ese mundo del «siendo todo lo demás igual» en el que se recogen todos los condicionantes que se consideran externos (sociales, políticos, psicológicos, medioambientales, etc.) y que la economía no pretende comprender. Frente a este encorsetamiento, la economía feminista introduce rupturas cada vez mayores, buscando ampliar la metodología de forma que sea capaz de entender lo que le interesa; el método se define por el objeto.

La atención a dimensiones socioeconómicas antes ocultas impele, paulatinamente, a innovar los conceptos, las categorías analíticas, los métodos de obtención de datos, etc., y a romper con las metodologías heredadas de los discursos androcéntricos. Esta innovación viene obligada por los problemas de los que adolecen esas herramientas. Por un lado, al haber sido pensadas para comprender los procesos mercantiles, su aplicación al mundo fuera del mercado resulta a menudo frustrante en términos no solo explicativos, sino políticos.²⁵ Por otro lado, esas

²⁴ De hecho, la idea de plantear los debates comparando estos gráficos, la tomamos de Antonella Picchio, quien, refiriéndose al último, dice: «Esta es una de las que más me gustan. Podría hablar durante horas sobre esa figura» (2012: 33).

²⁵ Quizá el mejor ejemplo sea el del llamado *debate sobre el trabajo doméstico* que, al intentar aplicar el aparatage marxista a la comprensión del trabajo no pagado en el hogar se enzarzó en una discusión cada vez más estéril, abstracta y compleja, que apenas permitió conocer más de lo que

metodologías se han diseñado para comprender las experiencias del BBVAh (y/o su espejo obrero), por lo cual captan muy malamente las vivencias de otros sujetos. Especialmente importante es la crítica a las herramientas analíticas diseñadas para comprender el mercado laboral.²⁶

En línea con esta apertura metodológica hay dos elementos distintivos de la metodología feminista para pensar la economía. De un lado, se apuesta por un análisis multinivel que introduzca de forma transversal preguntas relativas al heteropatriarcado. En lo *macro*, relacionado con grandes estructuras sistémicas, se pregunta por el nexo producción-reproducción, el engarce entre mercados y esferas no monetizadas, el papel agregado de los trabajos no remunerados, la prioridad concedida al bien-estar como motor del sistema. En lo *meso*, nivel en el que se atiende a las diversas instituciones socioeconómicas, se amplían las instituciones a las que atender para incluir, de forma clave, los hogares además del Estado y los mercados; y se pregunta cómo operan todas ellas como portadoras de género. En lo *micro*, nivel que considera las acciones y relaciones de los agentes socioeconómicos concretos, se piensa en estos no como sumatorio de individualidades, sino como sujetos con cuerpos e identidades, diferencialmente posicionados en una red de interdependencia.

De otro lado, hay una apuesta cada vez más clara y explícita por la interdisciplinariedad. Los límites de la economía se difuminan: ¿dónde empiezan y acaban lo económico, lo social, lo político, lo cultural? Esta interdisciplinariedad puede ser sumamente enriquecedora, siempre y cuando no se aborde desde una perspectiva *colonizadora*. Una cosa es decir que los límites se vuelven borrosos y otra muy distinta pretender que todo es economía.²⁷ En este sentido, estas páginas

se sabía de antemano y detrajo fuerza política a los análisis. Una síntesis de este debate puede verse en Cristina Carrasco, Cristina Borderías y Teresa Torns (1994).

²⁶ Las divisiones estrictas entre actividad e inactividad, empleo y desempleo responden mal a las experiencias económicas feminizadas, que son más móviles y flexibles. Al intentar entender la presencia de las mujeres en el empleo se han desarrollado nuevos conceptos. Sobre este asunto puede consultarse, por ejemplo, Mary Pollack (1997).

²⁷ Nos preguntaba Ricardo Molero (comunicación personal, julio de 2011): «¿Si convertimos a la economía en vida, también convertimos a la vida en economía?». En la misma línea, lo que él plantea es: «Ésa es la tarea principal de la crítica de la economía: fundamentar la crítica al capitalismo, cuestionando al mismo tiempo la existencia misma de lo económico, como lógica explicativa, como ámbito separado de estudio, como principio de comportamiento y como motor necesario de la evolución social. Hacer esto solo es posible desde fuera mismo del marco del análisis económico. Es decir, aprovechando por un lado, la fragmentación con el resto de ciencias sociales para demostrar, apoyándose en sus particulares lógicas de explicación (psicológica, sociológica, antropológica, histórica), la falta de universalidad de la económica. Y hacer esto para,

parten de una difícil contradicción: hablan de economía considerando que la propia idea de economía (como algo identificable en sí mismo) surge con el capitalismo, cuando los mercados se independizan como una esfera que tiene su propia lógica que impone al resto. Cuando luchamos contra esa imposición, afirmando que fuera de los mercados se generan recursos, que hay ejes de dominación no reductibles al conflicto capital-trabajo y que el sistema ha de evaluarse según su impacto en el bien-estar/mal-estar entendido de forma amplia, en última instancia estamos cuestionando que la economía sea algo aislable de otras dimensiones sociopolíticas. Hablamos de economía para estallar la propia idea de *economía*. Un tímido paso en ese sentido, y en este libro, es intercalar la utilización de la palabra compuesta *socioeconomía*.

Política: ¿igualdad en/desde/contra el sistema?

Un cuarto eje de diversidad (quizá el central) es el de los posicionamientos políticos, que se alejan progresivamente de la confianza en la igualdad de oportunidades. Estas posiciones se mueven entre la apuesta por un nuevo contrato sexual en el marco del sistema socioeconómico actual y la noción de que la igualdad es inviable sin una transformación radical del sistema.

Para las perspectivas más integradoras, una vez se descubre al otro oculto, el quid de la igualdad es lograr el fin de la división sexual del trabajo. El objetivo básico es que las mujeres logren pleno acceso al mercado laboral. Hay confianza en la estrategia de emancipación a través del empleo; el reparto equitativo del trabajo no pagado es condición sine qua non para lograrlo, pero no es el objetivo en sí. La pregunta clave es con qué tipo de políticas económicas (o sociales) avanzar hacia esa redistribución. A día de hoy, quizá la apuesta fundamental sea la llamada corresponsabilidad, concepto con el que se pretende superar las deficiencias de la propuesta de la conciliación de la vida laboral y familiar. Estas son, al menos, dos: primero, la propia idea de *vida familiar* lleva implícita una carga valorativa que considera el trabajo de cuidados no remunerado como *algo menos que trabajo*; y segundo, al final la idea de conciliación solo afecta a las mujeres, porque habla de cómo compatibilizar un trabajo que ya se hacía (el de cuidados) con uno nuevo que se reivindica (el remunerado), pero no habla de poner a trabajar gratuitamente a quien no lo estaba haciendo antes: los hombres y el sector público. El modelo

por otro lado, cuestionar su preponderancia a través del estudio de su origen en la historia del pensamiento» (Ricardo Molero, 2008).

implícito es el de presencia exclusiva masculina en el mercado / doble presencia femenina en el mercado y el hogar; se denuncia, además, que esto en última instancia está derivando en un modelo de familia «perceptora y media»: él a tiempo completo en el mercado, ella a tiempo parcial con mitad de sueldo y mitad de prestaciones (Carmen Castro y María Pazos, 2007: 4). El máximo exponente de este problema son los distintos permisos de maternidad y paternidad.

El discurso de la corresponsabilidad considera que los cuidados han de ser, en lo micro, responsabilidad compartida de mujeres y hombres en los hogares (pasando a un modelo doble proveedor-a/doble cuidador-a), y en lo macro, de los hogares y el sector público. Esto último implica sacar al ámbito de lo monetizado muchas tareas que antes se hacían en las esferas invisibles de la economía, lo cual puede servir además como fuente de generación de empleos y de dinamización de la economía, más aún en tiempos de *crisis*. En última instancia, los beneficios son para el conjunto social y no solo para las mujeres. Las grandes ausentes de esta mirada siguen siendo las empresas capitalistas; cuando se introducen, se hace desde una perspectiva de paz social, mostrando los beneficios que reporta invertir en igualdad.

Para una perspectiva más rupturista, la igualdad relevante no es la de oportunidades, sino la de resultados y se considera que esta no es factible en este sistema. El núcleo duro del problema es la existencia de un conflicto irresoluble entre la acumulación de capital y la sostenibilidad de la vida y el papel que el heteropatriarcado juega en *acallar*lo. ¿Qué se entiende por tal conflicto?

Bajo la preeminencia de la acumulación de capital, la vida está siempre bajo amenaza, porque no es más que un medio para el fin del beneficio. Siempre hay dimensiones de la vida y vidas enteras *sobrantes*, que no son rentabilizables; o que son más rentables destruidas que sostenidas. Además, en la medida en que la vida es vulnerable e interdependiente, no puede ser asumida en las esferas de valorización de capital, porque se basan en el ideal de la autosuficiencia y la omnipotencia (si bien este ideal vital resulta sumamente estimulante; no se impone a la fuerza, sino que nuestras subjetividades responden a sus mecanismos). Finalmente, si hablamos de una vida éticamente cualificada bajo el criterio de universalidad, cabe decir que es insostenible porque es un sistema que jerarquiza las vidas particulares, que ataca la vida en su sentido holístico (humana y no humana) y colectivo (todas las vidas), poniéndolas al servicio de unas pocas vidas individualizadas que se convierten en las dignas de ser lloradas y rescatadas. Sin embargo, la vida ha de resolverse y se resuelve delegando esta responsabilidad a

las esferas socioeconómicas privatizadas, feminizadas e invisibilizadas. El heteropatriarcado garantiza la existencia de estas esferas y la disponibilidad de sujetos que las habitan.

Como iremos viendo, un cuestionamiento feminista de la socioeconomía nos muestra claramente que el pleno empleo ni ha existido nunca, ni existirá; que el Estado del bienestar en su época y formato más dorados se ha basado en la explotación de la naturaleza, en el expolio del Sur global y en la invisibilización de los trabajos no remunerados feminizados. El objetivo no puede ser reformar el sistema actual porque está pervertido en múltiples sentidos. Pervierte la noción misma de vida que merece la pena ser vivida, al negar la vulnerabilidad y la eco-dependencia, en tanto condiciones básicas de la existencia, e imponer un ideal de autosuficiencia que no es universalizable, porque solo es *alcanzable* gestionando la interdependencia en términos de explotación. Y pervierte el funcionamiento de las estructuras socioeconómicas, al poner el conjunto al servicio del proceso de acumulación, donde se lucran esas pocas vidas que merecen ser lloradas y garantizadas por el resto, a cuyo servicio se pone la vida en su conjunto. Frente a la crisis no queremos empleo, no queremos salario, no queremos Estado del bienestar. Queremos cuestionar la relación salarial misma, la estructura capitalista en su conjunto. No hay marcha atrás, sino futuros posibles a construir. Se trata de preguntarnos no solo cómo lograr *trabajo* para todxs, sino para qué trabajamos. La propuesta pasa por un vuelco sistémico que permita poner las condiciones de posibilidad del buen vivir (diverso) para todas, todos, todes. El reto es definir democráticamente a qué vamos a llamar buen vivir y cómo vamos a convertirlo en responsabilidad colectiva.

Caminos por recorrer

A la necesaria confluencia de miradas críticas para desbancar a la teocracia mercantil, la economía feminista aporta el intento de romper con la construcción dicotómica y sexuada de la economía, que nombra solo la parte mercantil masculinizada del mundo, pero se plantea como universal. El objetivo sería poder construir conflicto político desde lugares no hegemónicos, desde lo que denominaremos esferas invisibilizadas de la economía y desde las experiencias de los diversos sujetos que no calzan ni en la figura del BBVAh, ni en la de su espejo obrero.

Pero aquí aparece otra pregunta: hasta qué punto la economía feminista, que parte de esa voluntad de revocar los sesgos androcéntricos, arrastra otros sesgos y los oculta. Arrastra sesgos norcéntricos, cuando, por ejemplo, para entender los trabajos en comunidades indígenas no usa las herramientas de la economía como tal, sino los de la antropología económica. Sesgos clasistas, cuando atiende a la economía informal como un ámbito de excepcionalidad, donde no aplican conceptos centrales como la férrea distinción entre trabajo remunerado y no remunerado. Sesgos heteronormativos, al situar a la familia nuclear heterosexual como la norma para entender los procesos de decisión intra-hogar y dejar otros modelos de convivencia fuera del foco principal. Sesgos antropocéntricos, en la medida en que sigue entendiendo la naturaleza como un recurso para la producción. La pregunta no es si hay o no sesgos, sino si tenemos la disposición para reconocer la parcialidad de la propia visión y a discutir sobre ellos; o si, por el contrario, los negamos, nos cerramos al diálogo y la (auto)crítica e imponemos una visión del mundo que deja fuera sujetos y procesos y forma parte activa de nuevos procesos de opresión o exclusión.²⁸

La dificultad para reconocer sesgos que recrean la desigualdad puede relacionarse con el hecho de que las miradas feministas a la economía tienden a estar demasiado imbuidas en el *discurso de la modernidad*, al menos en un triple sentido.²⁹ Primero: a menudo partimos de un sujeto fuerte *la mujer* y damos explicaciones universales sobre su discriminación. Segundo: los cuerpos marcados por relaciones de poder están ausentes. Y tercero: no atendemos a la función creadora del discurso. Por ello, a menudo construimos un *cuerpo doctrinal* pretendidamente universal, basado en la universalización de las experiencias de supuestos sujetos *sin cuerpo* que realmente son mujeres blancas, urbanas, de países del Norte global, hetero, con capacidades normativas, etc. Después, aparecen las otras, quienes requieren metodologías peculiares o párrafos adicionales en el manifiesto hablando

²⁸ Alison Vásconez (2012) habla de cómo es necesario reformular metodológicamente la economía feminista, implícitamente construida en torno a una escenario norteamericano y europeo, para poder captar la realidad latinoamericana: pensar más allá de los sujetos individuales para comprender la acción de los sujetos comunitarios, complejizar la comprensión de la interrelación entre valores de uso y de cambio, replantear la idea de división sexual del trabajo, etc. Sobre los sesgos heteronormativos, por ejemplo, Colin Danby (2007) se pregunta si la economía feminista «está en el armario». Sobre los nexos entre la economía feminista y ecológica puede verse el número especial de *Feminist Economics*, vol. 11, núm. 3, 2005, editado por Ellie Perkins y Edith Kuiper.

²⁹ Las críticas a la economía feminista por *moderna* provienen a menudo de lecturas *postmodernas* feministas. Entre ellas, las de Suzanne Bergeron, Gillian Hewitson, Drucilla Barker y Susan Feiner. En otro lugar (Amaia Pérez Orozco y Sara Lafuente, 2013) hemos intentado explorar vías para una lectura queer de la economía feminista.

de su doble o triple discriminación: las campesinas, las madres solas, las lesbianas, las mujeres pobres. Esta mirada de excepción con frecuencia es victimizadora: por ejemplo, consideramos que ser mujer (en la periferia) es sinónimo de ser pobre.

Necesitamos desprendernos del sujeto privilegiado de la modernidad: no se trata de sustituir al BBVAh por su espejo femenino, sino de entender que la identidad se re-construye de manera performativa; que no hay un sistema estable y coherente de dominación, sino que el poder se recrea permanentemente; que no es el sujeto (preexistente) el que predifine el contenido de la política, sino que al dotar de contenido a la política podemos ir constituyéndonos en tanto que sujetos políticos. Introducir los cuerpos marcados por relaciones de poder y en concreto, los cuerpos sexuados y generizados nos puede ayudar a recordar que ese sujeto unívoco no existe. Finalmente, hemos de hacernos responsables de la interacción entre los planos material y discursivo: al nombrar podemos re-construir la desigualdad. Y esto se relaciona con la noción de que las injusticias relativas a la redistribución (de recursos materiales) y al reconocimiento (de identidades subalternas) se retroalimentan, ni discurren en paralelo ni son acumulables. Para avanzar en estos términos, necesitamos, urgentemente, una confluencia entre la economía feminista y otras miradas feministas de corte más queer, postmoderno, transfeminista o como queramos llamarlo.

De qué va este libro: un resumen

A lo largo de los capítulos de este libro, intentamos hacer una lectura feminista de la crisis y, al hilo, introducir conceptos analíticos y cuestiones políticas. Se trata de aprovechar aquellas cosas que la crisis saca a la luz para preguntarnos cómo pensar la socioeconomía. Por ejemplo: desde el feminismo vemos que el ajuste final ante la crisis se da en los hogares, y, desde ahí, podemos enlazar con los planteamientos sobre el papel económico de los trabajos no remunerados. Por eso, salvo este capítulo introductorio y el capítulo final, todos los demás se subdividen en dos partes: «Lecturas de la crisis» y «Herramientas para el análisis y la política».

Hablamos de la crisis, pero, ¿de qué crisis? En el primer capítulo argumentaremos que, según desde dónde observemos, veremos diferentes *problemas a solucionar*. Proponemos una mirada feminista como punto de partida contrapuesto tanto a la teocracia mercantil como al estrabismo productivista. Desde ahí, afirmamos que la crisis que estamos viviendo no comienza con el estallido financiero

de 2007-2008, sino que se trata de una crisis multidimensional (ecológica, de reproducción social, de cuidados) que lo precede. En un sentido más amplio, es una crisis civilizatoria, en la que salen a la luz perversidades relativas tanto a la forma en que se (mal)sostiene la vida como a la comprensión misma de la vida. Al introducir el concepto de *sostenibilidad de la vida* abrimos las preguntas de cuál es la vida que merece la pena ser vivida, quién y cómo la define y cómo se ponen sus condiciones de posibilidad. Existe un nexo entre bien-estar y consumo mercantil, pero este nexo no es directo ni inevitable. La constatación de que «somos esclavxs del salario, sí, pero...» es un punto de partida clave para las miradas feministas de la economía, que obliga a entender los mercados capitalistas como construcciones históricamente cambiantes y cambiables y a preguntarse por procesos y esferas que tienden a pasar desapercibidas.

En el segundo capítulo, afirmamos que el estallido financiero fue un momento en el que se hizo patente un conflicto estructural entre el proceso de acumulación de capital y el de sostenibilidad de la vida, que permanecía en cierta medida acallado. Las crisis (vitales) derivan de poner la vida (humana y no humana) al servicio del proceso de generación de beneficios privados. La respuesta política al estallido se ha basado en la socialización de la deuda privada de grandes capitales y en la re-privatización de los riesgos vitales para la población. Esto muestra cómo en el capitalismo, los mercados capitalistas se sitúan en el epicentro de la estructura socioeconómica: sus procesos, ritmos y lógicas se imponen al conjunto social y ponen a la vida, en sentido amplio, a su servicio; de hecho, construyen la noción misma de vida que merece ser vivida. Lo que hoy día se vuelve tan evidente subyacía ya en el Estado del bienestar de la *época dorada del capitalismo*. Aquí profundizamos en estos conceptos: conflicto capital-vida, rol del Estado ante el mismo, críticas feministas al Estado del bienestar y qué significa poner a los mercados capitalistas en el epicentro.

En el tercer capítulo damos un paso más y nos preguntamos: ante el desajuste del mercado y el ajuste del Estado para volver a garantizar la acumulación, ¿dónde se reajusta finalmente el sistema socioeconómico en el sentido de intentar garantizar el bien-estar? Aquí sacamos a la luz las estrategias de supervivencia desplegadas por los hogares: economía de rebusque, economía invisibilizada y economía de retales. Estas estrategias están privatizadas (en los hogares), feminizadas (en un triple sentido material, subjetivo y simbólico) e invisibilizadas (no hacemos política desde ellas). Para entenderlas, necesitamos pensar la economía como un circuito integrado producción-reproducción, así como comprender el papel de los trabajos no remunerados. La responsabilidad económica última de sostener la vida está privatizada, convirtiéndose los hogares en la unidad económica básica;

y está feminizada, entendiendo el género como una realidad performativa en la que se recrean normatividades como la ética reaccionaria del cuidado y la familia nuclear. Proponemos visualizar la economía usando la metáfora de un iceberg, en el sentido de que para mantener en pie un sistema que ataca la vida es necesaria la existencia de esferas socioeconómicas ocultas. Finalmente, expandiremos la noción de (in)visibilidad para referirnos a la posición que se ocupa en una red de poder y la capacidad, desde ahí, de politizar lo que ocurre y de convertir lo vivido en conflicto o problema colectivo.

En el cuarto capítulo vemos cómo esas estrategias no logran frenar la degradación de las condiciones de vida. Se desata una grave crisis de reproducción social en el Norte global que se creía a salvo. Esta crisis se caracteriza por el incremento generalizado de las situaciones de precariedad en la vida, por el acortamiento del hilo de continuidad entre precariedad y exclusión y por un proceso de hipersegmentación social: no solo se multiplican las desigualdades, sino que se complejizan las vías de inclusión/exclusión. Lo cual hace que, aunque tengamos un problema común, sistémico, lo vivamos de formas muy aisladas e individualizadas. En este contexto, la apuesta no puede ser *volver atrás*, poniendo las finanzas al servicio de la producción y la economía real, recuperando el Estado del bienestar y apostando por el pleno empleo, el salario y/o el consumo. Para argumentar esta negativa revisaremos las críticas a la idea de *producción* que se han lanzado tanto desde el ecologismo como desde el feminismo. Diremos que la *producción* no existe, sino que es una fantasía antropocéntrica que permite negar los límites físicos del planeta. Y veremos que tiene en la reproducción su otro oculto, más aún, que la escisión solo tiene sentido dentro de una estructura dicotómica y sexuada de pensamiento, que muestra el carácter heteropatriarcal de esa Cosa escandalosa.

Finalmente, en el capítulo quinto, entramos directamente a las inquietudes con las que abríamos estas páginas: ante esta crisis civilizatoria, cómo aportar hacia la construcción de ese horizonte común de tránsito. Plantearemos algunas cuestiones que, a juicio del feminismo defendido en este libro, deben rondar los debates sobre el (*para*) *qué* (qué definir como buen vivir) así como los debates sobre el *cómo* (cómo nos organizamos para gestionar una responsabilidad colectiva sobre ese buen vivir). Desde la apuesta por el decrecimiento ecofeminista, nos preguntamos qué se podría entender por vivir bien si rompemos con la idea de que bien-estar es consumo mercantil (más aún, si afirmamos que mejor con menos); y cómo podríamos gestionar la interdependencia y la ecodependencia, cuestiones insoslayables si reconocemos que la vida es vulnerable y tiene límites que solo pueden negarse basándose en la explotación. Reflexionamos en torno a la propuesta de decrecer las esferas movidas por la lógica de acumulación y, en paralelo, democratizar los

hogares, acabando con la división sexual del trabajo y convirtiendo en responsabilidad colectiva el objetivo último de la economía (poner las condiciones de posibilidad del buen vivir).

Finalmente, en el epílogo lanzamos unas ideas sintéticas sobre cómo abordar en estos momentos de tránsito piedras angulares del sistema: el Estado del bienestar, la deuda, el trabajo y el binarismo heteronormativo.

Para terminar esta introducción (¡que ya es hora!), debemos reconocer que las deficiencias de estas páginas son muchas. Lo que sigue está muy centrado en el contexto del Estado español. No solo la gran mayoría de los ejemplos corresponden a ese ámbito, sino que la lectura que se da de la crisis está totalmente enraizada en lo que está sucediendo en este país de la periferia europea. Carece, por lo tanto, de una mirada global, mucho menos incorpora la dimensión (neo)colonial del capitalismo heteropatriarcal globalizado. A pesar de ello, aspiraríamos a entrar en conversación con las lecturas sobre la crisis y la globalización que se están haciendo desde lugares diversos. Ojalá algunas de las herramientas conceptuales que proponemos sean útiles más allá de las fronteras en que se escriben. Un poco en la misma línea, este es un libro que incide sobre el carácter heteropatriarcal y capitalista de esa Cosa escandalosa, pero que sigue manejando mal la interseccionalidad entre la multiplicidad de ejes de opresión que habitamos. En consecuencia, se sigue generalizando a un sujeto concreto más cercano al BBVAh de lo que nos gustaría y comprende mal el género en su cruce con la etnia-raza, estatus migratorio y la diversidad funcional y sexual. Otro problema es que la dimensión ecológica no está propiamente agarrada, aunque se hayan hecho esfuerzos por introducir conceptos y argumentos provenientes del ecologismo social. Además, estas páginas destilan un enfoque mucho más dicotómico y moderno del que nos gustaría. En definitiva, lo que tienes entre manos no es ni más (ni menos) que otro aporte en ese diálogo a múltiples bandas (de izquierdas) que intenta no dejarse arrastrar hacia el desastre.